



SS

**SERVICIO
SECRETO**

J. DIXON
**EL EXPEDIENTE
B-25**

EL EXPEDIENTE B-25

J. DIXON

EL EXPEDIENTE B-25

1.^a EDICIÓN
OCTUBRE - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

© FRANCISCO BRUGUERA - 1956

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona.

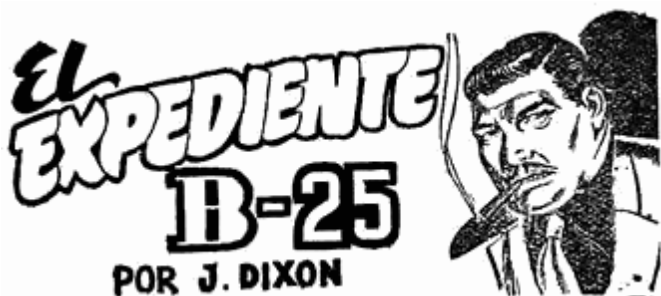
OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

68. — Remitente, Los Ángeles. 258. — Un cadáver
en el agua. 260. — Solución ayer.

En Colección CONGO:

24. — Selva cruel.



Capítulo Primero
EL “DURO” DEL PUERTO

JOE GALENTO avanzaba con parsimonia por las oscuras callejuelas del barrio portuario. Los faroles de luz amarillenta recortaban su alta silueta hercúlea.

De vez en cuando, alguien le decía, con cierta premura:

—*Ciao*, Joe.

Galento hinchaba el tórax poderoso, satisfecho de su popularidad.

Otras veces era él mismo quien advertía:

—Adiós, Chuck.

El aludido se apresuraba a responder, como si temiera irritar al poderoso atleta.

Joe no contaba más que veintisiete años, pero su vida era áspera y dura. Había corrido mucho y ejercido distintas profesiones. Fue soldado, marinero en un cargo, boxeador y operario portuario. Entonces, su profesión era “ninguna”, según podía comprobarse en los ficheros de la jefatura local de policía.

Su cabello negro aparecía rizado y sus facciones tenían un sello de viril apostura, heredado de sus padres italianos. Moreno, con la boca grande y el mentón acusado, constituía el tipo soñado por algunas mujeres. Lucía un traje claro, de buena talla, con una camisa oscura y una corbata pintada a mano.

Todos sabían que Joe llevaba una pistola en la sobaquera, pero en aquel barrio a nadie le interesaba demasiado lo que hacía el vecino. No gustaban de ir con cuentos a la policía y menos si se trataba de hombres como Joe Galento, que, si bien en el “ring” no

resultó la esperanza que él mismo aseguraba, era un luchador peligroso.

Joe se detuvo en el café de Finnegan, un lugar amplio, pero sucio y mal oliente. En un extremo se veía una gramola automática y en otro un aparato de televisión.

Tras el mostrador, se encontraba un robusto empleado, con una cicatriz cruzándole la mejilla. Finnegan, hijo, también había sido boxeador, pero aquella cicatriz provenía de una reyerta con dos clientes poco serios.

Joe sonrió:

—Ponme un whisky, Pat.

Finnegan, con su eterna expresión grave, le llenó un vaso. Joe se volvió a los que allí se encontraban.

—¿Qué tal vendría un poco de música?

Uno de los parroquianos exclamó, sin muchas fuerzas:

—Estamos viendo la televisión.

En la pantalla verde del aparato, una de las mayores atracciones del café de Finnegan, se veía a una cantante de sugestiva sonrisa que bamboleaba el cuerpo al compás de una canción.

Joe sonrió, alzando una mano.

—No os critico el gusto, muchachos —Pat agregó—, sirve una ronda a mis amigos.

Todos sonrieron, mirándose unos a otros con incredulidad. ¿Cómo era que Joe se tornaba tan amable?

Pero aceptaron la bebida, mientras el joven exclamaba:

—No hay nada como pasar un rato con los amigos. Si alguien me pregunta, siempre le digo: “Me gusta estar en casa de Finnegan con los muchachos”.

Todos fueron bebiendo y como Joe callara, volvieron su atención a la cantante. Entonces, Galento se fue retirando hacia el otro extremo de la sala, procurando pasar inadvertido.

De súbito, abandonó el local, encaminándose hacia un pasillo donde se encontraba un teléfono y el lavabo. Corrió hacia el otro extremo y halló la puerta pequeña que daba a una callejuela.

Avanzó por esta hacia el otro extremo, quedando inmóvil en una esquina. El río estaba a muy poca distancia. Se oía a lo lejos la sirena de un buque que remontaba el Hudson.

Poco después, se oyeron unos pasos. Joe acercó la mano a la

sobaquera y empuñó una pistola.

Hacia él avanzaba un viejo, cargado con una maleta. Joe esperó pacientemente. Al fin, el viejo pasó por su lado. Joe salió de la sombra y lanzándose sobre él, le golpeó en el cráneo con la culata del arma.

El otro se desplomó sin un solo gemido, pero Galento le sujetó, pasándole un brazo por el cuerpo.

Luego miró a un lado y a otro. No había peligro. Nadie le había visto.

Cargó con el cuerpo, arrastrándolo hasta el río y luego lo dejó caer allí.

Se oyó el ruido de un cuerpo al hundirse en el agua.

Sonó la sirena de otro buque.

Joe echó a correr, regresando al café de Finnegan.

Nadie parecía haberse dado cuenta de su ausencia. Magnífica costumbre la del viejo Gluck. Así no había tenido que exponerse demasiado.

Aquel trabajo le iba a representar sus dos billetes grandes. No podía quejarse. Sonrió, echando la cabeza hacia atrás. Sus amigos seguían bebiendo.

Joe pagó, exclamando:

—Bien, muchachos. A vuestra salud, que os divirtáis.

Salió a la calle, cruzándola hasta situarse ante un local en el que brillaba un letrero luminoso: “Barto’s”.

Joe sonrió instintivamente, arreglándose la corbata. Luego tiró de la puerta, abriéndola. En el interior se veían unas mesas con limpios manteles y un mostrador en el fondo.

Otro aparato de radio se encontraba en el extremo.

A las mesas se sentaba gente bien vestida para aquellos barrios, o por lo menos, de reconocida solvencia económica.

Unas muchachas ataviadas con batas blancas y delantales verdes, servían al público. Se trataba del restaurante más caro de todo el barrio.

Joe se encaminó a una mesa, sentándose y encendiendo un cigarrillo.

Una de las camareras le vio, y dirigió una sonrisa. Luego se acercó a otra, hablándole e indicándole la mesa donde estaba Galento.

La otra se encaminó hacia allí con una sonrisa. Se trataba de una muchacha de unos veinte años, alta y esbelta, con una hermosa cabellera de tonos rojizos, la piel sonrosada y unos maravillosos ojos verdes que sombreaban finas pestañas. Todas sus facciones tenían una delicadeza que las demás jamás habían tenido. Tenía las piernas largas y torneadas y la figura perfecta. Incluso con aquella sencilla bata resaltaba su airoso modo de andar y la prestancia de su figura.

Se acercó a Joe, sonriéndole cariñosamente. Sus labios tenían una curva dulce, pero firme y al entreabrirse descubrían sus blancos dientes.

—Hola, Joe.

—Hola, Mimí.

—¿Quieres cenar? —preguntó ella.

Galento se echó a reír.

—Sabes muy bien lo que quiero. Te quiero a ti. Quédate conmigo.

—No lo permite Mr. Barto.

Joe se echó hacia atrás, al tiempo que se señalaba a sí mismo.

—Tratándose de mí, no dirá nada. Ya sabes que no se atreve.

Mimí le contempló con cierta admiración.

—Lo sé, Joe, pero no quiero abusar. Barto no ha sido malo conmigo.

Galento negó con la cabeza.

—No se puede, ser blando, Mimí. Si no pisas, te pisarán. Mírame a mí. No era más que un pelagatos, un cualquiera. Subía al “ring” y allí me pegaba con otro para divertir a unos cuantos pelmazos. Ahora si pego es porque lo pagan bien y nadie se divierte a costa mía. En el puerto, como estibador, sudaba como un condenado por unas monedas.

Hizo una pausa para impresionarla y luego añadió:

—Ahora son los otros que sudan al verme.

Mimí asintió.

—Lo sé, Joe, pero me cuesta acostumbrarme a esas cosas — luego se apresuró a decir—: No es que te critique. Sé muy bien que si no muerdes te morderán. Lo he podido experimentar.

—Está bien —dijo Galento—. ¿Quieres servirme la cena? Si la traes tú misma, me sabrá mejor.

Cuando la muchacha se iba a marchar, Joe la sujetó de la mano. Luego le tendió la servilleta, en la que había envuelto algo.

—¿Quieres guardármelo? Hoy ha habido un poco de jaleo.

Mimí cogió la pistola que él le ofrecía de aquel modo, sin poder evitar cierto estremecimiento.

Se encaminó hacia el lugar donde tenía su ropa y guardó el arma en el bolso. No pudo evitar, con cierto horror, pensar que quizá su amigo había golpeado a alguien con ella o tal vez algo peor.

Se dijo que era una tonta. Joe tenía razón. Si no mordías, te mordían, y él fue el único que se portó como un amigo con ella. Todos los demás quisieron aprovechar su desamparo cuando su padre murió. Oficialmente había sido un accidente, pero ella sabía que no era cierto. Y nadie estuvo dispuesto a ayudarla.

Joe no se encontraba en Nueva York. Desde la infancia, no se habían visto, pero la ayudó enseguida al volver a la ciudad. De haber estado allí, la hubiera defendido.

Se acercó al mostrador, preguntándose por qué no se decidía por Joe. Era un buen muchacho. Encargó su cena, sabiendo que la iría a recoger cuando saliera de su trabajo.

Otra camarera exclamó:

—La verdad, Mimí, es que para tener tantos humos te rozas con gente muy extraña.

La muchacha se encogió de hombros.

—Eso es cosa mía.

—Dejadla en paz —dijo otra—. Pero, Mimí, si yo tuviera tu aspecto cualquier día iba a quedarme en este antro. Haría volver locos a todos los tipos encopetados de Broadway.

—No me interesa —dijo Mimí.

Otra camarera añadió:

—Ya sé que es cosa tuya, pero ¿crees que Joe te conviene? Se habla muy mal de él. Nadie sabe de dónde saca el dinero.

Mimí dibujó en su rostro una amarga sonrisa.

—Le critican los que no son capaces de vivir a su modo. Todos saben que juega y que gana. Además, en este mundo, o muerdes o acabarán mordiéndote.

Pero la que antes había hablado, ya entrada en años y con restos de una gran belleza, movió la cabeza.

—Yo pensaba lo mismo que tú y aquí me tienes.

Mimí la contempló, sorprendida.

—¿Tú, Penny?

La llamada Penny asintió.

—Sí, muchacha, y puede que algún día te lo cuente todo.

Habían quedado las dos solas, puesto que las demás se fueron a servir a sus clientes.

—Comprendo que Joe es un chico guapo y simpático.

Mimí respondió, tras una pequeña pausa:

—Yo también quizá te cuente algún día lo que me ocurrió cuando murió mi padre. Sin Joe, no sé qué hubiera sido de mí. Le acusan de no trabajar y muchos hacen peores cosas. Vive de los dados y de otras cosas. No me importa. Yo no aspiraba a millones ni a abrigos de visón. Tan solo deseaba vivir en paz. No me dejaron. A Joe tienen que respetarle. Si no fuera capaz de dominar a los otros, le dominarían a él.

Capítulo II SOBREAVISO

—HOLA, buenos días.

Los agentes se volvieron para contemplar al sargento Dennis McKenna. De unos veintiséis años, alto y enjuto, pero de duros y elásticos músculos, el sargento detective constituía una magnífica estampa de deportista y hombre de mundo. Vestía un traje sencillo y bien cortado, que se amoldaba a su cuerpo. Ni siquiera se notaba el bulto de la pistola. Tenía el cabello oscuro, los ojos de mirada recta y el mentón ligeramente pronunciado.

Más de una muchacha se había vuelto al ver pasar a aquel hombre alegre y bien plantado. Su expresión era un tanto risueña y como despreocupada, pero a tan temprana edad había alcanzado el grado de sargento en el F. B. I.

—Muchachos, poneos en pie —exclamó uno de los agentes más viejos—. Tenemos aquí al cerebro privilegiado de las fuerzas federales.

McKenna no se dio por ofendido, limitándose a decir:

—Esa actitud respetuosa me gusta. Continúad así y algún día llegaréis a ser buenos policías.

Otro agente movió la cabeza.

—Se le han subido las drogas a la cabeza. Que le vea un médico.

Un tercero indagó, simulando sorpresa:

—¿Pero es que McKenna toma drogas?

—Claro, si no, no podría ser tan listo. El chico nació torpe.

Una mecanógrafa abrió la puerta y sonrió a McKenna.

—Hola, Dennis.

Los otros rieron.

—¿Tú has visto? Para él todas las sonrisas. A nosotros ni hacernos caso.

Un agente corpulento y de expresión dura entró entonces.

—McKenna, el jefe quiere verte.

—Debe ser mi ascenso —respondió Dennis, encaminándose al despacho del jefe superior.

Este era un hombre corpulento, de semblante inteligente y expresión enérgica, aunque no dominadora.

—Siéntese, McKenna —dijo, indicando una silla.

Cuando el joven lo hubo hecho, le tendió un paquete.

—¿Quiere fumar? —indagó, lo que era una prueba bien clara de que iba a encargarle algo muy desagradable.

Dennis aceptó el cigarrillo y entonces el otro le mostró un periódico, especializado en crímenes y en delitos menos graves. Los titulares anunciaban el hallazgo de un cadáver en el río. Se trataba de un viejo vendedor de cigarrillos y de goma para mascar, al que conocían por el viejo Gluck. Debía hacer unos cinco días que había muerto.

McKenna alzó la cabeza.

—¿Y bien?

—Ese hombre ha sido asesinado —dijo el jefe—. Presenta una señal en el cráneo de haber recibido un golpe —hizo una pausa y añadió—: El viejo Gluck ejercía de confidente en ocasiones. Y había insinuado a la policía que conocía algo muy importante con respecto al expediente B-25.

Dennis pegó un respingo.

—¿El expediente B-25? ¿Está seguro?

—¿Cree que iba a confundirme en una cosa así? ¡Naturalmente que sé de qué se trata!

Dennis comprendió que su pregunta había sido mal expuesta y se apresuró a corregirla.

—Quería decir si está seguro del que sabía algo.

El viejo movió la cabeza.

—Comprendo. Pues sí, el viejo Gluck sabía bastante acerca del expediente B-25.

Dennis dio una nueva chupada a su cigarrillo y se dispuso a escuchar.

El comisario Hendrix se retrepó en la silla y carraspeó, mientras a su vez lanzaba una bocanada de humo.

—Verá, McKenna; ese expediente nos tiene muy intrigados desde

hace tiempo. No hemos reunido más que datos en el extranjero, pero jamás hemos podido localizar a los culpables en nuestro país, donde sin duda se encuentran. Cada vez que surge algún incidente, en Washington ponen mala cara y el Departamento de Estado quiere saber cómo justificamos las nóminas. Por todo el país existe la preocupación del expediente B-25.

Dennis asintió. Lo sabía muy bien. Por desgracia, él estuvo trabajando en Indochina, donde habían hallado huellas de aquel caso. Pero nada más pudo hacerse.

—Hace pocos días llamaron por teléfono y pidieron una entrevista. El agente de servicio, Genna, acudió a ella, temiendo que fuera una falsa alarma o simplemente una tontería. Genna se encontró con Gluck. El viejo quería hacer una importante denuncia. Sabía muchas cosas acerca de ese expediente, aunque ignorase que existía. Conocía cosas en Nueva York.

—¿Qué pruebas dio de ello? —indagó McKenna, interesado.

—Mostró una cápsula.

Dennis asintió.

—¿Por qué no se registró toda la confidencia?

Hendrix sonrió.

—McKenna, cuando lleve más tiempo en Nueva York y ocupe un puesto de responsabilidad comprenderá que para tratar a los confidentes o a los delatores se precisa mucha diplomacia. Gluck, por lo que habíamos averiguado, era confidente de la policía metropolitana. Nunca había dado un informe falso.

Dennis asintió, esperando que continuase el comisario. Hendrix añadió:

—Gluck tenía un precio que él mismo fijaba. Había solucionado con frecuencia muchos robos, indicando a la policía del puerto quién era el autor. Sabía lo que valía el informe que pensaba dar y exigió cinco de los grandes.

Dennis exclamó:

—Valía eso el informe.

Hendrix negó con la cabeza.

—Es lo que aún no podemos saber. Quizá se limitaba a decirnos en qué muelle había encontrado esa cápsula, sin indicarnos el buque ni el sitio donde se guardaban.

Dennis asintió:

—Es cierto.

Hendrix continuó:

—De esto hace seis días. Esperamos su llamada. No volvió a hacerlo y ahora aparece ahogado.

McKenna indagó:

—¿Qué pretende de mí?

Hendrix hizo una pausa antes de responder:

—Genna no puede volver allí. Alguien debió verle y le podrían identificar. Por esta razón pienso enviarle a usted.

Dennis esperaba esta respuesta.

—Sí, desde luego —asintió—. Usted dirá lo que tengo que hacer.

—Deseo que averigüe quién mató a Gluck y por qué. Tal vez el motivo sea distinto, pero me hace el efecto que no es así.

Dennis asintió:

—Lo intentaré.

El otro sonrió.

—Voy a trazar un plan de campaña —dijo—. Usted puede llamarse Dennis McKenna. No es necesario cambiar de nombre. Creo que no es preciso que aparezca como un maleante.

—Es cierto —reconoció Dennis—. Allí hay modo de ganarse la vida de alguna manera.

Hendrix le contempló un instante.

—Usted no tiene práctica como estibador, pero puede dedicarse a marinero y quedar sin trabajo. Entonces, allí se contrata de lo que le salga.

El joven asintió.

—Puedo tener algún dinero que habré ganado a los dados y me quedaré en el barrio. El Waterfront[1] da medios para moverse.

Hendrix añadió:

—Necesito que esté en contacto con nosotros. Llame siempre al número privado y pregunte, si tienen algo para usted. Hágalo cuando no le oiga nadie, pero si alguien le escuchara no se preocupe. Denos los datos a medida que los vaya averiguando.

—¿Qué se sabe concretamente del viejo Gluck? —indagó el joven.

El otro se encogió de hombros.

—Poco más o menos lo que le he dicho, pero mi secretaria le dará una copia del informe de la policía metropolitana y otra del

expediente B-25.

El joven calló un instante. Luego añadió:

—Será mejor que me traslade en avión a San Francisco y allí tomaré un buque que llegue a Nueva York. Entonces me despediré.

Hendrix negó con la cabeza.

—Vaya a Nueva Orleans. Desde San Francisco iba a tardar demasiado. Y haré que le acompañe otro agente. Siempre es preferible.

Dennis se encogió de hombros.

—¿Puedo proponer a uno?

—Sí, desde luego; ¿a quién desea usted?

—A Frank Dekker.

—De acuerdo. Llámeme y transmítale las órdenes. Vaya a la Administración y que le adelanten una cantidad.

—Gracias, señor.

Capítulo III

LLEGA UN MARINERO

DENNIS se echó el saco a la espalda y gritó:

—Adiós, muchachos.

Los tripulantes del buque le despidieron sonriendo.

—Te echaremos de menos, *Dannacha*[\[2\]](#).

El capitán le estrechó la mano.

—Siento que se marche, McKenna. Es usted un hombre inapreciable en un buque.

Dennis se encogió de hombros.

—Celebro que piense esto, pero mi viaje concluía en Nueva York. Quiero pasear por el Waterfront otra vez.

Descendió del buque y avanzó por el puerto mientras silbaba una alegre canción. Vestía una camisa gris y unos pantalones oscuros, como tantos otros marineros, y se cubría la cabeza con una gorra oscura con visera dura.

Para todos, sería un marinero que llegaba a Nueva York, uno más entre los muchos navegantes y hombres sin situación clara en el mundo, que arribaban a los muelles brumosos del Hudson.

Se había citado con Dekker en un restaurante de camareras llamado “Barto’s”. Allí simularían encontrarse después de muchos meses de separación y emprenderían su nueva vida por la ciudad.

Sabía Dennis, por lo que le habían dicho, que aquel restaurante estaba frecuentado por todos los marineros y habitantes del Waterfront. No era de extrañar que un hombre al desembarcar en la ciudad fuera allí a celebrar una buena comida.

Tenía la dirección y se encaminó hacia allí silbando. Era esta siempre su actitud cuando se encontraba ante un problema.

Era famosa su expresión alegre y despreocupada en el F.B.I. Sabían que al perseguir a un criminal solía reír, mientras disparaba

el arma. Dennis aseguraba que era todo cuestión de nervios, mientras que otros decían que le gustaba la sensación del peligro.

Entró en “Barto’s”, muy poco concurrido a aquella hora, y se dirigió a una mesa, dejando el saco en el suelo.

Una camarera se acercó a él.

—¿Qué desea?

Dennis la miró asombrado.

—¡Válgame San Patricio! Deseo cínicamente mirarla a usted si no se ofende.

Mimí, pues ella era, quedóse algo sorprendida ante este lenguaje tan poco usual entre los clientes. Aquel muchacho de piel atezada y cabellos oscuros la contemplaba con descaro y con muestras de admiración, pero no resultaba ni molesto como tantos otros ni tampoco grosero.

Sin embargo, ella estaba allí para trabajar y no para tratar con marineros frescos.

—Bueno —indagó—, ¿qué es lo que desea?

—Se lo he dicho, señorita, pero si no puede ser eso, sírvame jamón con huevos y una taza de café.

Su manera de hablar tampoco parecía la de muchos otros marineros. Había en ella un tono extranjero, pero con la costumbre de vivir en América.

Mimí tomó nota y se alejó, sin volverse a mirarle. Otra camarera añadió, al pasar junto a ella:

—¡Vaya chico guapo! Siempre te tocan a ti las gangas.

Mimí no le prestó atención. Ella no era como las demás, que solo pensaban en divertirse.

Cuando le sirvió lo que pedía, Dennis la contempló de nuevo con una sonrisa de muchacho travieso y un poco avergonzado.

—Espero no haberla ofendido —dijo—, pero he pasado bastante tiempo en el mar y ahora, por fin, me encuentro ante usted. La impresión es demasiado fuerte, señorita.

Mimí se encogió de hombros.

—Estoy aquí para servir a los clientes.

Luego se marchó, sintiendo que el joven la miraba con mezcla de desenfado y respeto.

En aquel momento entró un marinero al que había visto otras veces. Tenía tipo de un estibador. Alto, atlético, de cabellos rubios y

semblante rojizo, parecía un sueco. Su rostro era, sin embargo, alegre y de expresión simpática.

Se encaminó hacia el mostrador, silbando como de costumbre.

De súbito contempló al otro cliente que comía sin prisas y se acercó a él, procurando no llamar la atención. Cuando estuvo a su lado, cogió la taza de café y la apuró de un trago.

Mimí palideció. Iba a producirse una reyerta. Sería necesario avisar a la policía, cosa que a ella no le agradaba en lo más mínimo.

El que comía alzó la cabeza, como si fuera a insultar al otro, pero al verle rompió a reír.

—¡Vaya, Frank, quién iba a decírmelo!

El aludido rompió a reír, mientras se sentaba junto a él.

—De todos modos, me debías una taza de café.

—Sírrete otra, si gustas.

Mimí no les prestó más atención. Era el encuentro, muy frecuente, de dos hombres que hacía tiempo que no se veían.

Dennis contempló a Frank. Aquel era Frank Dekker, compañero suyo en muchas misiones peligrosas. Dekker era algo más joven que él, pero tenía ante sí una magnífica carrera si antes no le mataban, cosa a la que todo agente del F.B.I estaba expuesto.

Se compenetraban maravillosamente y se entendían a la perfección. Por esta causa, Dennis había pedido que Dekker fuera su ayudante.

Ambos sonrieron, al tiempo que Frank decía:

—Ya estamos otra vez aquí.

Pidieron otra taza de café y jamón con huevos para Frank. Mientras comían, Dennis preguntó:

—¿Qué novedades hay?

Frank se encogió de hombros.

—Aquí una muerte no es nada extraordinario. Gluck era muy conocido, pero no se fiaban mucho de él, como no se fían de nadie. Sin embargo, existe la impresión de que estaba borracho y cayó al río.

—¿De lo que el viejo habló, hay algo?

—No; pero existen por aquí varios tipos que no se sabe de qué viven. Unos son jefes de estibadores y les consiguen empleos por una cantidad módica. Otros buscan buques a los marineros, hay contrabandistas y peristas, y, por último, hay tipos sospechosos.

Existen varios garitos y todos ellos aseguran que ganan dinero jugando a los dados. También se hacen apuestas.

—¿Lotería? [3]

—Desde luego.

Dennis sonrió.

—Pues nos encontramos ante un bonito problema.

Dekker se encogió de hombros.

—Cuanto más difícil sea, más nos vamos a divertir.

En aquel instante entró Joe Galento, bamboleando los hombros y mirando a todas partes con expresión desafiadora.

Dekker explicó:

—Ese es uno de los tipos que viven de un modo extraño. Nadie quiere hablar acerca de él. La versión que todos admiten, y que seguramente él ha hecho correr, es que juega en los garitos.

Dennis sonrió, mirando de cabeza a pies al recién llegado.

—Un buen tipo de hombre duro. Quisiera saber si tiene mucho aguante.

Dekker sonrió.

—A mí también me gustaría comprobarlo.

Rieron los dos, mientras McKenna decía:

—Bueno, no precipitemos las cosas.

Joe se había sentado a una mesa a la que Mimí se acercó. Esto a Dennis no le hizo mucha gracia. Le había parecido que en aquella muchacha había algo distinto que en las otras camareras del restaurante, pero su relación con aquel tipo de pistolero la identificaba con casi todas sus compañeras.

Joe sonrió a Mimí, con expresión de intimidad.

—Hola, cariño.

La muchacha le devolvió la sonrisa, aunque más casual, como la que se dirige a cualquier amigo. Pero no protestó del apelativo.

—Hola, Joe.

Galento señaló a los dos marineros y preguntó, con aire fanfarrón:

—¿Te han molestado? Miran mucho.

—Déjalos, Joe. Estoy aquí para servir al público.

Galento torció el gesto.

—Es que me molesta mucho que tengas que soportar a todos esos imbéciles, cuando si quisieras...

Mimí le interrumpió con un ademán.

—Sí, Joe; lo sé. Podría conquistar Broadway. Podría convertirme en modelo o actuar en el cine. Siempre me lo dices, pero no es esto lo que yo deseo.

Joe negó con la cabeza.

—No era eso lo que iba a decirte —explicó—, pero no es este el lugar más a propósito para que hablemos. ¿Puedo venir a buscarte esta noche?

Mimí asintió.

La compañía de Joe era el único consuelo y la única esperanza en su vida. Se iba acostumbrando a él.

Dekker preguntó a su compañero:

—¿Qué piensas hacer?

—Ante todo, ver cómo está esto. Alguien mató al viejo Gluck y no fue para robarle. Tengo algún dinero y podemos encontrar trabajo en el muelle.

Frank asintió:

—De acuerdo. De entre todos los tipos dudosos que corren por la ciudad, hemos de encontrar al que ha asesinado a Gluck. Y luego averiguar por qué lo hizo. Después, saber si tienen relación con el expediente B-25.

Ambos rieron. Las dificultades eran grandes.

Capítulo IV

PRIMEROS PASOS

JOE arrojó el cigarrillo al suelo y se acercó al encuentro de Mimí.

—Hola, cariño.

La muchacha le tendió la mano, sonriendo.

—Hola, Joe.

Vestida con su sencillo abrigo claro, tenía un aire que la distinguía de sus compañeras, algunas de las cuales lucían ropas mucho más elegantes que ella. Pero Mimí O'Rourke siempre fue distinta a todas las demás muchachas de aquellos barrios. Joe recordaba muy bien que en la escuela era la más lista de todas.

Su hogar también era un modelo entre los otros. Ignoraba el motivo por el que ella la prefirió a sus compañeros de colegio y a todos sus vecinos.

Joe la miró, dándose cuenta de su aire cansado. Luego agregó:

—Vamos a bailar a algún sitio, Mimí. Necesitas divertirte.

Ella movió la cabeza.

—Gracias, Joe. Lo único que deseo es descansar. Acompáñame a casa.

En silencio, avanzaron por las calles del muelle, hasta el edificio donde la muchacha tenía una habitación alquilada. Era lo único que necesitaba, puesto que, en el restaurante, además del sueldo les daban la comida.

Galento insistió:

—No puedes seguir viviendo de ese modo, Mimí. Podrías conquistar el mundo y no lo deseas. Bueno, pero yo tampoco podré resistir mucho tiempo seguir viendo cómo tienes que soportar las estupideces de todos esos besugos, y un día voy a cometer una barbaridad.

Mimí sonrió.

—Una vez te acostumbras, es mucho menos desagradable de lo que crees.

Joe la detuvo, sujetándola por el brazo.

—Mimí, yo no puedo aguantar más.

Dulcemente, la muchacha se soltó de la presa.

—Déjame, Joe. No nos paremos.

Galento comprendió que no era aquel el camino. Mimí le gustaba mucho, pero también podía serle muy útil. Había muchos trucos para ganar dinero si se contaba con una muchacha como aquella.

—Escúchame, Mimí; yo no pretendo darte ninguna solución como la de esos hombres. Yo no puedo apartarte de mi corazón. Yo te quiero. Desde niña fuiste tan bonita como una pintura. Desearía que pudieras vivir como una reina, y conmigo podrías hacerlo.

Mimí le miró, sorprendida.

—¿Contigo, Joe?

Galento asintió. Se acercó más a ella.

—Sí, Mimí. Yo te he querido siempre. Ahora puedes apartarte de todo esto. No necesitarás soportar a esos pelmazos. Yo te defenderé.

Mimí no retiró la mano, que el otro le estrechaba.

—Pero tú tienes muchas dificultades, Joe.

—No tantas —respondió él, sonriendo—. Cada día podré defenderme mejor, y si tú estás conmigo, no temo a nada. Además —agregó—, los dos juntos podríamos reírnos del mundo. Hasta ahora se han burlado de ti y te han pisoteado. Serás tú ahora quien se ría de todos.

Mimí siguió adelante, hasta llegar a la puerta de su casa. Estaba un tanto confusa por lo que le había dicho el joven.

—¿Qué contestas? —indagó Galento.

Ella le miró un instante para añadir después:

—Lo pensaré, Joe —le miró, añadiendo—: Has sido siempre tan bueno conmigo que no sabría apartarme de tu protección.

—¿Entonces?

—Lo pensaré, Joe.

Iba a marcharse, pero él se inclinó hacia ella. La muchacha le ofreció la mejilla.

Luego, Mimí entró en su casa.

Joe sonrió satisfecho. El mundo era suyo.

Con una muchacha como Mimí O'Rourke para servirle de gancho habría muchos panolis dispuestos a dejarse engañar. Aquella chica era lista y, además, sabía guardarse. No correría peligro de que algún desgraciado pudiera enamorarla.

Joe sonrió ante el mundo que se le ofrecía a los ojos de su imaginación. Pielles, brillantes, incluso un coche y veraneo en La Florida. Siempre habría alguien dispuesto a jugar a las cartas con él.

Mimí podía serle muy útil y, además, él la quería.

Mimí, por su parte, subió a su habitación y encendió la luz, disponiéndose a acostarse.

Quedó pensativa, recordando lo que Joe le había dicho. Era el único que le tendió una mano. Si se casaban, podría salir de toda aquella vida sórdida.

Joe era bueno. No importaba que su vida fuera tan distinta a la que llevó siempre su padre. Por esta razón, Joe vivía y su pobre padre murió asesinado, aunque hubiera creído la policía que se trataba de un accidente.

Era la única solución de su vida. Acabaría casándose con él.

* * *

Dennis y Frank se acodaron en el mostrador, diciéndole el primero al tabernero Finnegan:

—No seas así y menos con un compatriota. Yo también soy irlandés.

Finnegan movió la cabeza.

—Si os sirvo otro trago acabaréis por emborracharos y no habrá quien os soporte.

McKenna negó con la cabeza.

—No lo creas. Necesitamos animarnos un poco, porque no tenemos trabajo, pero no pensamos destrozarte la casa. Puedes estar tranquilo.

Dekker rompió a reír al tiempo que Finnegan torcía el gesto.

—Esta casa no la destroza nadie.

—Pues no veo por qué te has de asustar tanto —opinó McKenna...

Finnegan dio un paso al frente, pero el joven añadió:

—Vamos, no luches con un compatriota que acaba de llegar.

Finnegan le miró.

—¿Un compatriota? ¿De dónde eres?

—De Kerry.

El semblante cruzado por una cicatriz se ensanchó con una sonrisa.

—Nosotros somos de Cork.

—Buena ciudad.

Finnegan señaló a Dekker.

—¿También es de allí?

—No, este es sueco.

Finnegan se volvió entonces hacia el resto de los clientes, exclamando:

—¡Vosotros, fuera! Estoy aquí hablando con un compatriota y es hora de cerrar.

Los parroquianos, que no se atrevían a plantarle cara a Finnegan, obedecieron de mala gana.

El propietario sirvió unos vasos de whisky y dijo:

—Este lo paga la casa. Ahora vamos a tratar de vosotros. ¿Cómo os llamáis?

—Donnacha McKenna y mi amigo, Frank Dekker.

—Yo me llamo Lyam Finnegan —dijo el dueño del local, empleando su nombre gaélico—. Supongo que buscaréis trabajo, ¿no?

—Eso mismo. Y estamos dispuestos a hacer cualquier trabajo. No somos muy exigentes —dijo Dekker.

Finnegan se rascó la mandíbula.

—¿Qué habéis hecho hasta ahora?

—Marinero —dijo Dennis.

—Yo también —agregó el otro—; pero sé conducir coches.

Finnegan apuró lentamente la mitad de su vaso, mientras parecía pensar.

—¿Qué tal andáis de músculos? —quiso saber.

—Nos defendemos —respondió Dekker.

—Hacen falta estibadores.

Dekker asintió:

—Eso estaría bien, pero hará falta pertenecer a una unión.

Finnegan negó con la cabeza.

—No lo creáis. Id a ver a O'Flaherty de parte mía. Es quien da

los empleos. No abandonará a dos compatriotas.

Los dos jóvenes sonrieron, dando las gracias.

De súbito, Finnegan indagó:

—¿Pensáis quedaros aquí para siempre?

Frank quedó algo confuso, pero el otro se apresuró a añadir enseguida:

—Eso depende de las cosas que encontremos aquí.

Finnegan sonrió.

—Es que hay algo que no veo claro. ¿Por qué habéis desembarcado? A dos compatriotas no pienso descubrirles. No digáis nada si no queréis, pero tened presente que a Lyam Finnegan no le engaña nadie.

McKenna rompió a reír.

—No es ningún secreto. Yo desembarqué porque iba en un buque de cabotaje y estaba harto de pasar tiempo en alta mar. Deseaba sentirme en tierra por algún tiempo. Inquietud.

Finnegan asintió:

—Lógico —luego se volvió a Dekker—. ¿Y tú?

—Me peleé con el capitán de mi buque y me desembarcó.

—Lógico —alzó su vaso y exclamó—: ¡Por Cork!

Capítulo V

NUEVA VIDA

CUANDO se dirigían a su alojamiento, McKenna preguntó:

—¿Has averiguado algo?

Dekker, que llevaba algún tiempo allí, explicó:

—Del viejo Gluck no se habla apenas. Le consideran algo pasado. Lo que no he podido averiguar es quién es Soapy Mariner.

McKenna le miró interesado.

—¿Por qué?

—Por estos barrios se habla de él con cierto misterio, como si se tratara de alguien al que es preferible no mencionar.

McKenna asintió.

—Esto puede ser una buena pista.

—He pensado ir a la comisaría del barrio para que me dieran un informe.

—Más vale que no nos acerquemos por allí. Ya conoces las órdenes. Pueden identificarnos.

El otro se rascó la oreja.

—Sí, pero no consigo averiguar nada.

—Tan solo llevas aquí una semana.

Llegaron a la pensión donde tenían alquiladas sus habitaciones.

La obscuridad se había enseñoreado por completo de la ciudad. La noche solo se consideraba cuando ciertos establecimientos cerraban las puertas.

Dekker y McKenna se tendieron en los lechos, dispuestos a iniciar su nueva vida.

Joe Galento jugaba a los dados en un garito, seguro de que el porvenir sería un camino dorado.

Mimí O'Rourke, incapaz de dormir, trataba de imaginar su existencia junto a Joe, sin conseguirlo a pesar de sus esfuerzos y de

estar convencida de que tenía razón.

El viejo Gluck descansaba para siempre en el cementerio, y Soapy Mariner recibía una importante visita.

* * *

En el puerto, Dekker y McKenna trabajaban decididos en sus nuevos empleos. El aire fresco de la mañana les envolvía, mientras sonaban a lo lejos las sirenas de los buques que entraban y salían del puerto de Nueva York.

Las grúas chirriaban sobre sus cabezas.

Los estibadores eran gente dura, curtida por la intemperie y acostumbrada al trabajo.

La mayor parte eran irlandeses, aunque había bastantes polacos e italianos.

O'Flaherty era un hombretón curtido y duro, de amplia risa y poderosos músculos.

Cuando llegó la hora de comer, se acercó a los dos jóvenes, indagando:

—¿A dónde pensáis ir?

—Somos nuevos aquí —recordó el joven.

—Vamos a “Barto’s”. Hay buena bebida y camareras guapas.

Echaron a andar los dos hasta llegar al restaurante. McKenna recordaba a Mimí y deseaba verla. Esta se hallaba junto al mostrador, ataviada con su bata y su delantal.

Dennis sonrió.

—Buenos días —saludó—. Usted también debe ser irlandesa.

Ella se encogió de hombros.

—Aunque lo sea, esto no tiene nada que ver.

Dennis, en tono de burla, se volvió hacia O'Flaherty.

—Después hablarán del corazón cálido de Irlanda. Por lo menos —agregó—, no creo que haya ningún mal en dar conversación a un cliente.

Mimí no pudo contenerse. Con expresión furiosa, le dirigió una colérica mirada. Sus pupilas se humedecieron y crispó los labios.

—No hacía falta que me recordase que solo soy una empleada y que el cliente siempre tiene razón.

Dio la vuelta y encaminóse hacia la cocina. Dennis, sorprendido, la contempló un instante. Luego fue a su encuentro.

—Señorita —dijo al alcanzarla—, no he pretendido ofenderla ni recordarle nada. Soy forastero y apenas conozco a nadie. No creo sea un crimen haber intentado hablar con usted, pero puesto que la molesta no volveré a probarlo... Ahora, lo único que le pido es que me perdone.

Mimí se dio cuenta de que era sincero el tono, grave y respetuoso, del estibador. Se secó los ojos, agradeciendo casi sin darse cuenta su excusa y su modo de hablar.

—Perdóneme —añadió—, pero usted no tiene que excusarse. Estaba en lo cierto cuando dijo que yo no era más...

Dennis la interrumpió con un movimiento de cabeza.

—No es eso, señorita. No he pretendido ofenderla ni que tuviera que soportar mi presencia. Buenos días.

Se reunió con sus amigos, dejando sola a la muchacha, que le miró un instante, limitándose después a encogerse de hombros.

Penny le dijo en voz baja:

—Ahí tienes a un hombre bueno de verdad.

Mimí la contempló, sorprendida.

—¿Por qué lo dices?

Penny sonrió.

—Creo que está bien claro. No pretendió ofenderte y al darse cuenta de que lo había hecho se excusó. Tú no lo has entendido así.

Mimí se encogió de hombros. Le importaba muy poco.

De pronto, se abrió la puerta para dar paso a un viejo que se tambaleaba al andar y que iba hacia el mostrador con expresión turbia. Dio una palmada y dijo:

—Un vaso de whisky. Yo necesito un trago.

El encargado del mostrador le miró, con expresión burlona.

—¿Quieres un trago? Pues ve al río. Allí hay mucha agua.

El viejo golpeó el mostrador con ansia.

—No es eso. Nada de agua. Yo deseo whisky. Un buen trago de whisky.

—Antes —dijo el encargado del mostrador—, quiero que me enseñes el color de tu dinero.

—No lo tengo, pero necesito beber algo.

Mimí volvió la cabeza molesta. Sabía la escena que iba a suceder entonces. Aquel pobre viejo iba de local en local mendigando una bebida, cuando carecía de dinero. En todas partes se burlaban de él.

En “Barto’s”, especialmente, el encargado del mostrador lo consideraba una de sus mayores habilidades. Le resultaba repugnante, la escena.

El encargado, tal como la muchacha había supuesto, exclamó:

—Pues tendrás que irte al río, porque aquí no damos limosnas a los vagabundos.

El viejo sollozó, a punto de quebrársele la voz:

—Deme un trago. No puedo más.

El encargado iba a decir algo, cuando Dennis colocó unas monedas sobre la mesa, mientras exclamaba:

—Ahí tiene, y sírvale.

El encargado se volvió para mirar al joven, un poco ofendido al verse privado de aquella diversión. Pero la expresión de McKenna no era muy tranquilizadora.

—Está bien.

Hizo lo que le pedían, al tiempo que el otro exclamaba:

—Gracias, señor, muchas gracias.

Penny murmuró entonces:

—Lo que yo te decía; es un hombre bueno.

Mimí quedóse un instante sorprendida, mirando al joven que entonces salía del restaurante en compañía de sus dos amigos.

No era frecuente ver aquello en el barrio del puerto, donde todos combatían como seres hambrientos por un pedazo de pan.

Se quedó algo preocupada por lo que había dicho Penny.

Mientras, O’Flaherty iba diciéndole a Dennis:

—Ha hecho usted bien en servir al pobre Tommy. Era un buen operario en otros tiempos. Pero de súbito apareció mal herido en una calle. Le habían apaleado y cuando se recobró, no hizo más que embrutecerse bebiendo.

Dennis se encogió de hombros.

—Me molesta que se rían de les débiles.

O’Flaherty movió la cabeza.

—Esto es difícil de evitar.

Dekker estiró los potentes brazos, añadiendo:

—A mí me pasa lo mismo, pero tengo menos paciencia.

—Esta noche —agregó O’Flaherty—, venid conmigo y nos divertiremos. Tenéis que conocer la ciudad.

Joe Galento contempló a Mimí, indagando:

—¿Qué te ocurre?

Ella se encogió de hombros.

—No es nada.

Joe lanzó al aire una bocanada de humo y sonrió.

En “Barto’s” ya nadie se atrevía a molestarles, ya que ella había demostrado su preferencia por aquel hombre, y Joe no era un enemigo agradable.

Mimí podía conversar con él cuando le viniera en gana, sin atender a los demás clientes. La muchacha, sin embargo, no abusaba de esta prerrogativa,

—Yo sé que te ocurre algo —dijo Galento—. A mí no me puedes engañar.

Mimí comprendió que no podía ocultarlo por más tiempo y luego añadió:

—Ha venido Tommy. Querían burlarse de él. Siempre me da pena ese pobre viejo. Pero hoy no lo han podido hacer.

Joe, distraído, indagó:

—¿Quién lo ha impedido?

—Ese forastero irlandés.

Que aquel hombre interesara a la joven no le hacía ninguna gracia a Joe.

—¿Es que ha amenazado a alguien?

Mimí negó con la cabeza.

—No, le ha dado dinero.

Joe sonrió, despectivamente.

—Eso es lo único que hacen los hombres mansos. Son de los que siempre resultan mordidos.

Mimí asintió, pensativa. Su padre había sido igual que aquel hombre y le mataron. Tenía razón Joe.

Capítulo VI

UN ANTRO DE DIVERSIONES

O'FLAHERTY mostró el local abarcándolo con un amplio movimiento del brazo, al tiempo que decía:

—Aquí es. Esto es “Green Ligth”.

Dekker lo contempló todo con expresión inquisitiva, pero Dennis pareció no fijarse en ello. Sin embargo, todos los detalles del local quedaban grabados con firmeza en sus pupilas.

Se trataba, al parecer, de un restaurante mezcla de club nocturno. La decoración resultaba un tanto gastada, como si desde su inauguración, años antes, nadie se hubiera preocupado de restaurarlo.

Los empleados de la casa tenían un marcado sello de maleantes, mientras unas cuantas muchachas que allí trabajaban sonreían con descaro a los clientes y lucían sus semblantes pintarrajeados.

En unas habitaciones contiguas a la gran sala donde se encontraba el mostrador y una especie de pista de baile, en la que también actuaban las empleadas de la casa, se hallaban las mesas, de juego.

Los “croupiers” lucían las viseras verdes y unos delantales de cuero, para distinguirlos del resto del personal, clientes todos, que no lucían en ocasiones ropas de mucho mejor aspecto.

O'Flaherty propuso:

—Vamos a jugar.

Dennis advirtió:

—Antes echaremos un trago. Yo invito.

Se acercaron al mostrador. Casi todo el mundo iba en mangas de camisa, como si las chaquetas resultaran anacrónicas.

Los tres tomaron sus vasos y Dennis brindó:

—Por usted, jefe, que nos ha ayudado como un verdadero

amigo.

O'Flaherty sonrió.

—Eso no importa, muchacho.

Dekker agregó:

—Sí importa. No es frecuente llegar a un sitio y encontrarse con alguien que te tienda una mano.

O'Flaherty sonrió, halagado.

—Veréis: yo soy amigo de Finnegan y, además, he visto que tenéis ganas de trabajar de firme. No es frecuente esto tampoco en gente que no es del oficio.

Dennis agregó:

—No me gusta que me regalen el dinero.

O'Flaherty hizo una pausa.

—Eso me gusta. He visto que sois hombres honrados y yo sé apreciarlo. No imaginéis que no veo que algunos de los que trabajan conmigo quieren engañarme. Por esa razón les trato con mano dura. Pero con vosotros no hay cuidado —hizo una pausa y agregó—: Ahora, Donnacha, quiero advertirte una cosa —hizo otra pausa como si dudara de lo que iba a decir y luego preguntó—: ¿Te gusta esa chica, llamada Mimí O'Rourke?

McKenna sonrió.

—¿La de "Barto's"? Pues me parece bonita y agradable.

O'Flaherty torció el gesto.

—Lo que yo me temía. Apártate de ella, muchacho. Mimí tiene mucha amistad y algo más que amistad con Joe Galento. El tipo aquel que llegó el primer día que la viste.

Dennis sintió cierto malestar que no podía explicar. Aquel hombre era un maleante y le indignaba que ella tuviera algo más que amistad con él.

—¿Es que es su novia?

—Pues casi casi —dijo O'Flaherty—. Y él es un mal bicho. Lo siento por el viejo O'Rourke, el padre de Mimí, que la educó con tanto cuidado. No debía imaginar que con el tiempo llegara a tener tratos con Joe Galento.

—No parece ser de esa clase de mujeres —opinó Dekker.

O'Flaherty negó con la cabeza:

—Y no lo es.

—Entonces, ¿cómo tiene amistad con ese indeseable?

O'Flaherty refirió la amistad que les unió desde la infancia y el mal camino que había tomado Joe con los años. Luego agregó:

—El viejo O'Rourke tenía una tienda aquí. Se puso a malas con alguien y un día le atropelló un camión. Dictaminaron accidente.

A Dennis le sorprendió el tono en que esto había sido dicho.

—¿Es que no lo fue?

O'Flaherty le dirigió una mirada.

—Mira, Donnacha, aquí es peligroso hacer según qué clase de preguntas. Solo te diré que O'Rourke estaba en la acera y que echó a correr, pero el camión se le echó encima, dándose luego a la fuga.

Dekker indagó:

—¿Se había puesto a malas con alguien? ¿Con los corredores de lotería, por ejemplo?

O'Flaherty volvió a decir:

—No hagáis demasiadas preguntas; es peligroso —tras una nueva pausa, volvió a decir—: Mimí intentó que castigaran a los culpables, pero no pudo lograrlo. Todos se apartaban de ella y entonces Joe volvió al barrio. No le importó estar a su lado y ella se lo agradece. Por esa razón te dije que no es de esa clase de mujeres.

Dennis quedóse pensativo. Le parecía triste la situación de aquella muchacha. La imaginó sola, sin amigos, en el momento en que más necesaria es la ayuda de los demás.

Joe Galento era un maleante, pero algo había bueno en su corazón.

O'Flaherty añadió entonces:

—Vamos a jugar. Hay que divertirse.

Se acercaron a una mesa y el estibador cogió los dados y los agitó en el aire. Luego los arrojó sobre la mesa. El público les contemplaba con interés. O'Flaherty había ganado.

Volvió a coger los dados y los arrojó nuevamente.

Ganó otra vez. Dennis los cogió entonces y levantó la mano, al tiempo que decía:

—No se debe jugar en silencio. Hay que atraer la suerte. Veamos si me sale: “Cuando juega un irlandés, gana siempre más de tres”.

Los dados se extendieron sobre la mesa, quedando en el siete. Hubo un murmullo de asombro. La gente comenzó a apostar a favor de McKenna.

Dennis cogió nuevamente los dados y los agitó en el aire,

exclamando:

—Dados, daditos, soy un marinero y quiero que a mi bolsillo vaya este dinero.

Salió el siete otra vez. Hubo un murmullo de asombro entre el público, mientras nuevos curiosos se acercaban a presenciar la partida. El “croupier”, de mala gana, repartió lo que habían ganado los jugadores.

Dennis, mientras todos le contemplaban, cogió los dados otra vez y los agitó en el aire.

—Billetes, venid hacia aquí, que hay una nena que solo piensa en mí.

En el momento de ir a arrojar los dados, uno de sus vecinos le dio un golpe en el brazo. Dennis cerró la mano y depositó los dos dados en la mesa.

Luego se volvió hacia el vecino que le miraba con expresión socarrona. Se trataba de un individuo hercúleo, con una cicatriz en el rostro y el cabello muy corto.

—¿Te pagan para que empujes? —inquirió Dennis.

—¡No tengo por qué contestarte! —exclamó el otro.

—¡Qué lástima! Yo esperaba que presentaras excusas. Está muy feo empujar.

El otro rompió a reír. Dekker comprendió que se iba a llevar la sorpresa mayor de su vida.

El bravucón manifestó:

—Pues imagine que me duele mucho haberle empujado. Soy fino con los indefensos.

Dennis sonrió.

—Cualquiera diría que me está insultando.

El otro hinchó el pecho.

—¿Aún no te has dado cuenta, desgraciado?

Casi al instante el puño de McKenna salió disparado, golpeando a su interlocutor en el vientre. Este se dobló sobre sí mismo con un gemido, y entonces la mano derecha del agente cayó de canto sobre el hombro. Inmovilizado, el otro le miró con horror.



Casi al instante, el puño de Mark...

Entonces Dennis le golpeó la mandíbula con toda su fuerza.

Su enemigo abrió los brazos y cayó al suelo sin fuerzas. En aquel momento, Dekker exclamó:

—¡Te vas a tragar esta hojita!

Dennis se volvió para ver a Frank que retorció la mano de un segundo empleado de la casa, que enarbolaba un cuchillo. Dekker giró sobre sí mismo y el otro saltó por encima de sus espaldas para ir a estrellarse contra la pared.

O'Flaherty exclamó, enfrentándose con los otros que por allí se encontraban:

—¿Hay alguien más que quiera medirse con nosotros?

Nadie parecía tener deseos de hacerlo.

Dennis recogió su dinero y se guardó la mayor parte. Luego, arrojando unos billetes sobre la mesa, dijo:

—Para los empleados. No quiero que tengan mal recuerdo de mí.

Entonces, los tres, sin volver por completo la espalda a sus adversarios, salieron a la calle.

Una vez allí, O'Flaherty advirtió:

—Tened cuidado. No os lo perdonarán.

Dekker exclamó:

—¡No íbamos a permitir que nos atropellaran!

—Tened cuidado. Puede ser peligroso. Esta gente no tiene, escrúpulos.

—Yo nunca busco pelea —dijo Dennis—, pero quiero que se me respete. Sea quien sea que lo pretenda.

Estuvo a punto de hablarle de Soapy Mariner, pero prefirió no alarmar a su nuevo amigo.

Este no era un cobarde, pero parecía decidido a no mezclarse en compromisos graves.

Capítulo VII

NUEVAS ENTREVISTAS

SOAPY MARINER se pasó la mano por la barbilla.

Era un hombre alto y esbelto, de mediana edad, que vestía con irreprochable elegancia. Pero en muchos detalles se advertía que aquel hombre en otra época no muy lejana había vestido con tanta miseria como alguno de los vagabundos que recorrían la calle.

Ante él se veía a un fornido marino de semblante brutal.

Sin embargo, pese a su mayor envergadura, estaba amedrentado.

—Te digo que tengo noticias importantes, Tobe.

El llamado Tobe sonrió.

—Yo nunca dudo de lo que tú dices, Soapy.

—Pero esta vez, las cosas son muy graves.

Tobe movió la cabeza, sorprendido.

—No he hecho nada. He seguido tus consejos al pie de la letra.

Marinar dio un bufido de mal humor y luego se volvió a acariciar la mandíbula, ademán característico en él.

—No hay nada nuevo. Pero ya no sabéis hacer las cosas. Te contraté porque me fuiste muy útil para eliminar al viejo O'Rourke. Pero ahora no sabéis siquiera dónde tiene cada uno la mano izquierda.

Tobe tragó saliva.

—Ya me encargaré de arreglarlo todo.

Mariner negó con la cabeza.

—No; es otra cosa la que me interesa —hizo una pausa y agregó —: Ahora escúchame bien. Sé que el F. B. I., ha enviado dos agentes.

Tobe palideció.

—¿Quieres decir que vienen a...?

—No quiero decir nada —negó Soapy.

—¿Entonces...? —indagó.

—Necesito que los encuentres.

Tobe asintió, con expresión de temor.

* * *

Dekker contempló a su amigo, indagando:

—¿Qué te parece?

McKenna se encogió de hombros.

—Lo único que hemos averiguado es que al padre de esa chica le mataron los corredores de la lotería, pero nada más.

—¿Y quiénes son los corredores de lotería?

—No lo sé, pero me parece que Soapy Mariner está relacionado con todos ellos. No sería de extrañar que fuera también quien controla los, garitos y los negocios sucios del barrio.

Frank asintió.

—Lo más probable. Cuando le mencionan lo hacen con temor.

McKenna agregó:

—¿Qué relación pueden tener los corredores de lotería, y Soapy Mariner, con el expediente B-25?

Dekker movió la cabeza.

—No tengo la menor idea.

—Yo tampoco. El hecho concreto es que alguien supo que Gluck había hablado con el F.B.I. Cómo lo supo es lo que hemos de averiguar. Ahora bien, quizá no estén relacionados con Soapy Mariner y con los del expediente B-25.

Frank tardó en responder.

—Casi todos esos maleantes que controlan los garitos y que corren las apuestas, son capaces de encargarse de matar a sueldo. No me extrañaría que supieran con certeza quién asesinó a Gluck.

McKenna sonrió.

—Veo que aprovechas mis lecciones. Tienes mucha razón, y en el barrio hay infinidad de hombres capaces de matar por una buena cantidad.

Dekker sonrió.

—Ya estamos comenzando. En el Waterfront hay millares de maleantes y cualquiera de estos individuos puede ser.

McKenna sonrió.

—No creo que la cosa sea tan grave como parece.

—¿Ves alguna solución más rápida?

—No; pero saldrá.

* * *

Dennis entró en el restaurante.

No era solo a causa de su interés por la muerte del viejo O'Rourke que acudía allí.

Debía reconocer que aquella muchacha le atraía mucho. Además de su atractivo y de su encanto personal, también se sentía interesado por la tragedia de su vida.

Dennis sabía muy bien cuál era la tragedia de una persona que se encuentra sola y sin ayuda.

Dos años antes, Mimí era casi una niña. Entonces era cuando más necesitaba protección. Todo el barrio la abandonó, atemorizado, y solo Joe fue capaz de prestarle ayuda. Era curioso que el pistolero se atreviese a hacerlo. Tenía todo el sello de un maleante. ¿A qué podía obedecer su generosidad? La única explicación era el amor, pero el mismo O'Flaherty reconoció que no era aún la novia de Joe, pues se trataba de otra clase de mujer.

No sabía cómo dirigirse a ella sin hierirla de nuevo.

Mimí se acercó entonces al mostrador, mirándole con cierta curiosidad.

El joven saludó:

—Buenos días, señorita.

Mimí le dirigió una débil sonrisa.

—Buenos días. ¿Cómo le va el trabajo?

Esta bien dispuesta actitud de la joven complació al agente.

—No me puedo quejar —sonrió, y añadió—: Por otra parte, yo no soy muy exigente. No tengo familia y donde pueda desenvolverme, estoy bien. Pero —continuó—, a veces siento deseos de vagabundear y de ver otro sitio que no sea el mismo en el que estoy.

Mimí le miró, asintiendo.

—A veces, es casi necesario —luego preguntó—. ¿No tiene usted familia?

Dennis negó con la cabeza.

—A mi padre le asesinaron.

Mimí le contempló interesada.

—¿Le asesinaron?

El joven asintió:

—Sí, hace bastantes años. Yo era un niño. Mi madre murió después.

La muchacha quedóse pensativa un instante.

—A mi padre también le mataron —dijo.

—¿Le mataron? —repitió el joven, interesado.

—Sí; yo estaba entonces estudiando y apenas recuerdo nada. Pero luego he averiguado algunas cosas. Tal como ocurrió el accidente —dijo—, no pudo ser casual. Pero nadie quiso ayudarme y en la comisaría decidieron que se trataba de un simple accidente.

Dennis tomó nota. Aquello podía ser interesante y descubrir quizá cómo los asesinos de Gluck supieron que este se había puesto en tratos con el F.B.I. Claro que tal vez todo se tratara simplemente d> una coincidencia. Sería mejor asegurarse.

—¿Está sola desde entonces?

Mimí asintió. El joven movió la cabeza.

—Es triste cuando esto ocurre. ¿Por qué no se va a otro barrio donde la vida sea menos dura?

Mimí negó.

—Aquí está enterrado mi padre y puedo ir todos los días al cementerio.

Dennis asintió.

—Para nosotros, los irlandeses, nuestros muertos son sagrados.

La muchacha esbozó una sonrisa.

—¿Es usted irlandés?

—De Kerry. Me llamo Dannacha McKenna.

—Yo me llamo...

—Mimí O'Rourke.

Sonrieron los dos, como si les uniera una amistad mucho más antigua que los pocos días, en que se conocían.

—Mi padre era de Dublín —dijo la muchacha.

Todos les vieron cómo comenzaban a hablar, interesados en su conversación.

* * *

Tommy tropezó con el agente. Le miró de cabeza a pies, sorprendido por la estatura de Dekker. Este sonrió.

—Hola —dijo—. ¿Te vendría bien un trago?

El otro se relamió los labios, asintiendo.

Frank sacó del bolsillo un billete y se lo tendió. Tommy iba a marcharse cuando el otro le sujetó por el brazo, al tiempo que añadía:

—Te daré más. Espera —sacó del bolsillo un puñado de monedas y de billetes, diciendo—: Todo esto será para ti, si me contestas a una pregunta.

El borracho le miró con sorpresa. Él no deseaba verse envuelto en un compromiso, pero no le desagradaba la perspectiva de reunir tanto dinero.

—¿Quién es Soapy Mariner? —indagó Dekker. Luego añadió sonriendo—: ¿Somos amigos, verdad? Dímelo y te daré todo esto.

Tommy palideció.

—No, no. No quiero que me peguen otra vez. Déjeme marchar.

Dekker sonrió ferozmente. Aquella conjura estaba resultando demasiado cruel. Pagarían sus culpas.

—Nadie lo sabrá. Dime quién es, y te daré todo este dinero.

Tommy luchaba entre la avidez y el miedo. Pero las monedas que Frank colocaba ante sus ojos pudieron más que su temor.

—Es un criminal. Es quien dirige la lotería. También controla las casas de juego. Y todos los negocios sucios.

Había demasiada lucidez en sus palabras, para que pareciese el beodo habitual que hablaba torpemente.

—¿Es también contrabandista? —indagó Dekker.

—Soapy Mariner lo hace todo.

Dekker añadió:

—¿Por qué te pegaron?

Pero Tommy ya no tenía fuerzas para seguir. Temblando rogó:

—Por favor, déjeme ir a beber. Estoy muy cansado. Me matará.

Dekker le entregó el dinero.

Capítulo VIII INDAGANDO

DENNIS escuchó el relato de Frank.

—Habías acertado en tus suposiciones. Soapy Mariner es el jefe del bajo mundo de este barrio. A Tommy seguiremos interrogándole —hizo una pausa y añadió:

—Siento que sea preciso emborracharle, pero no hay otro remedio. Con seguridad, Tommy supo algo y Mariner le apaleó. Entonces perdió el valor y la dignidad —después de otra pausa, se volvió hacia Dekker, inquiriendo—: ¿Cuándo le ocurrió eso a Tommy?

—Hace un par o tres de años.

Dennis apoyó la mano en el brazo del joven.

—¿No estará relacionado con la muerte del viejo O'Rourke? —luego añadió—: Llama tú al F.B.I., y encarga que pidan a la comisaría de este barrio el expediente de O'Rourke.

Frank asintió. Contemplaba a su amigo con curiosidad. Lanzó al techo una bocanada de humo y luego preguntó:

—¿Qué caso investigamos? ¿El de Gluck o el de O'Rourke? Si como parece, lo de O'Rourke fue un asesinato, bien está que lo aclaremos, pero hemos venido a averiguar otra cosa. Y del viejo Gluck nada sabemos.

Dennis asintió:

—Es cierto. Hasta ahora, nada hemos adelantado. Hay una conspiración impuesta por el miedo para que nada se descubra. Si hacemos demasiadas preguntas se apartarán de nosotros y nada averiguaremos. Pero tu teoría de que Mariner puede estar complicado en este asunto no me parece desacertada. Está siempre dispuesto a cualquier negocio sucio. También se complicaría en el expediente B-25 y en la muerte de Gluck. Debe tener medios para

hacerlo.

—A Gluck le golpearon con una pistola —dijo Dekker—. Hay varias por este barrio. No hemos adelantado nada.

Dennis sonrió.

—Por lo pronto, tenemos a Soapy Mariner, responsable de otras muertes. No nos precipitamos al juzgar que puede ser el responsable de esta. Aunque otro fuera el que golpeó a Gluck.

* * *

Dennis esperaba pacientemente, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Por allí debería pasar Mimí para dirigirse al cementerio.

Al joven le interesaba hablar con ella. Quizá, como habitante del barrio, pudiera saber algo que les aclarase el misterio. Por otra parte, se sentía muy atraído por aquella muchacha.

De seguir allí, junto a Joe, quizá tomara un mal camino, y a Dennis le dolía solo pensarlo.

De pronto la vio venir por el camino, llevando un ramo de flores.

Dennis avanzó a su encuentro, con una sonrisa.

—Buenos días, Mimí.

Desde, donde se encontraban, se distinguía la ribera del Hudson, que se extendía a lo lejos, hacia el mar. En el centro del río se alzaba la isla de Manhattan, erizada de rascacielos. Luego la inmensa colmena humana que es Nueva York extendía sus tentáculos y sus moles de granito a lo largo de aquella vía de agua.

Incluso allí se oían las sirenas de los vapores que surcaban el río.

Mimí le sonrió a su vez.

—Buenos días —respondió—. ¿Qué hace por aquí?

Él se encogió de hombros.

—Esta mañana no tengo trabajo y decidí pasear por aquí, para conocer los alrededores del barrio.

Mimí sonrió.

—Es curioso que venga a pasear por este sitio. Casi todos los estibadores prefieren quedarse en el restaurante o descansar.

—Yo descanso mejor aquí —dijo Dennis—. Me gusta el aire libre.

Mimí se dispuso a seguir su camino. El joven echó a andar a su lado.

Ella no protestó.

—Esto —dijo el joven— se parece un poco a las costas de Irlanda.

Mimí sonrió.

—Quizá por esta razón lo eligió mi padre.

—¿Conoce usted nuestro país?

La muchacha negó con la cabeza.

—Yo soy americana. Nunca salí de este barrio más que para ir a estudiar.

—Irlanda —dijo Dennis— es preciosa. Sobre todo, en las costas junto al mar —hizo una pausa y prosiguió diciendo—: Los brazos de mar entran muy adentro en la tierra verde. El agua es oscura y gris, cubierta de bruma. Hay una paz muy grande y a veces solo se oye el balido de las ovejas.

Mimí quedó pensativa sintiendo que el corazón se le oprimía. Aquella paz era la que iba buscando y que no encontraba entre el chirriar de grúas y el silbato de las sirenas.

—En los pueblos —continuó Dennis—, todos se conocen y son amigos. Cuando se pelean, lo hacen sin rencor, para descargar la sangre que les quema en las venas. Esta es Irlanda, Mimí.

La muchacha abatió la cabeza. Hubiera deseado abandonar aquel barrio violento y triste para refugiarse en un lugar donde nadie la molestara, un lugar donde encontrar la paz.

Dennis exclamó de pronto:

—Lo que no comprendo es quién pudo haber odiado a su padre hasta matarle. Todos hablan bien de él.

Mimí se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo sé —dijo—. Estaba en un internado entonces y no supe qué había ocurrido hasta que me avisaron de que había muerto.

—Entonces —dijo el joven—, ¿no vio usted el accidente?

Ella negó con la cabeza. McKenna maldijo en voz baja. Quizá estaba siguiendo una pista falsa y todo habían sido imaginaciones de la muchacha.

Esta añadió:

—Tommy me contó cómo había ocurrido.

—¿Tommy? —repitió el joven—. Es difícil entenderle. Siempre está borracho.

—Entonces no era así. Después tuvo un accidente y se convirtió en ese borracho que es ahora.

—Hay bastantes borrachos en este barrio —dijo el joven—. Creo que hace poco murió otro, ahogado. Se llamaba Gluck.

—Gluck —repitió ella—. Sí, le vi por el barrio. Era una mala persona. No creo que se perdiese mucho con su muerte.

Dennis se sorprendió ante la actitud de la muchacha.

—No es muy caritativo lo que ha dicho.

Mimí se encogió de hombros.

—Sé que cada uno debe defenderse como pueda, pero Gluck vendía drogas y era corredor de la lotería.

Dennis escuchó con atención.

—¿Vendía drogas?

—Sí, andaba por todas partes siempre husmeando y ofreciendo la mercancía. Había muchos que le compraban lotería. Nunca ganaba nadie un centavo.

—He oído decir que era amigo de Soapy Mariner.

La muchacha se encogió de hombros.

—Es posible. Mucha gente le conoce.

—¿Usted también?

—Solo una vez le vi de lejos. Todos, le temen —y en sus palabras advirtió el joven que había admiración—. Nadie se atreve a cruzarse en su camino.

Dennis se dijo que ya sabía bastante por esta vez. Era preciso cambiar de conversación para que ella nada sospechase.

* * *

Dekker escuchó lo que le decía su compañero.

—Corredor de loterías y Tommy no había sufrido aún el accidente cuando mataron al viejo O'Rourke. Es curioso.

Dennis indagó:

—¿Y si al viejo Gluck le hubieran matado por otro motivo?

—Podría ser, y en ese caso no adelantaríamos nada.

Frank lanzó una bocanada de humo al techo. Luego agregó:

—Me he puesto en contacto con el jefe. Mañana hemos de vernos. Ya he quedado citado con él.

—Dile al agente que se entrevistó contigo que pidan la ficha de Soapy Mariner en Washington.

—Lo haré —dijo Dekker—. Pero me temo que estemos perdiendo el tiempo.

Dennis movió la cabeza.

—No, no lo creo —hizo una pausa y agregó—: La situación es esta: Gluck, confidente de la policía, vendedor de drogas y corredor de loterías, pide dinero a cambio de una información acerca del expediente B-25. Alguien le mata. Sabemos que han ocurrido otras muertes; la de O'Rourke, por ejemplo. Tommy sabía que no fue un accidente, a pesar de lo que dijese la policía, y le apalean. Desde entonces, se convirtió en un borracho. Todos los negocios sucios de este barrio los controla Soapy Mariner, que debe estar siempre bien informado. Tengo la corazonada de que todo está relacionado. De que Mariner fue quien eliminó al viejo Gluck y de que sabía por qué lo había hecho.

—Pero ¿cómo supieron que les había descubierto y quién le mató?

Dennis rompió a reír.

—Eso precisamente es lo que debemos averiguar —hizo una pausa y luego agregó—: ¿Por qué el viejo Gluck no acudió a la policía del barrio? Estaba acostumbrado a venderle sus informes.

—Sí, es curioso —respondió Dekker.

* * *

Joe contemplaba a la muchacha que marchaba a su lado en silencio. Se dirigían a un restaurante, a donde él la había invitado a comer.

Se mostraba muy extraña la joven y no sabía a qué podía obedecer.

Había intentado animarla, pero inútilmente.

Cuando se hubieron sentado en el restaurante, Galento preguntó:

—¿Qué te ocurre, Mimí?

La muchacha se encogió de hombros.

—No lo sé, Joe, pero me siento muy extraña.

El pistolero sonrió y le estrechó una mano.

—Es el trabajo que te tiene abatida. Deberías dejarlo. Sabes lo que te he dicho muchas veces. Piénsalo y decídetelo de una vez. Yo te quiero, Mimí.

La muchacha sonrió y estrechó a su vez la mano de él.

—Lo sé, Joe, y eres tú el único que me ha sostenido. Pero no sé lo que hoy me ocurre. Estaba decidida a seguirte y hoy no puedo contestarte.

Galento maldijo en voz baja. Deseaba saber quién era el entrometido o quién había podido hacerle variar de pensamiento.

—Pero, Mimí, cariño, no puedes hacerme pasar toda la vida esperando. El mundo sería nuestro si tú quisieras.

Mimí asintió.

—Lo sé, pero hoy estoy muy rara. Quisiera alejarme de este barrio para siempre y no volver a ver nunca las ciudades.

Joe la contempló estupefacto.

—¿Las ciudades? ¿Qué hay de malo en ellas? Son un lugar magnífico para los hombres de verdad.

Mimí, sin soltar la mano de Joe, explicó:

—Me han hablado de Irlanda y de la paz de sus colinas. Desearía encontrarme en un sitio así, donde no fuera preciso mezclarme con todo lo que existe en las ciudades.

Joe torció el gesto. Alguien le había estado hablando y este alguien iba a sentirlo.

—¿Quién ha hablado contigo?

—Donnacha McKenna.

Galento sonrió.

—Desea vivir en el campo porque es un cobarde. Porque es incapaz de vivir como los hombres. Ni siquiera sabe imponerse en los buques. Le dejaron aquí porque no servía como marinero.

Mimí le contempló, sorprendida.

—¿Estás seguro?

El otro asintió.

—¿Te he mentado alguna vez? —exclamó Galento—. Fíjate, es fuerte y sabe hablar bien. ¿De qué le sirve? Está ahí trabajando en el muelle, sudando como un pelanas cualquiera. Todo eso es miedo. Es de los que reciben el mordisco. Nunca será un hombre capaz de enfrentarse con la vida y vencer.

Mimí quedóse pensativa.

—Quizá tengas razón —dijo, al fin.

Capítulo IX CONTRARIEDADES

MIMÍ comenzó su trabajo con lentitud. Se sentía muy rara, a pesar de lo que Joe le había dicho.

Lamentaba que Dennis fuera un cobarde, pero resultaba bien claro. Aquel deseo de huir de la realidad, de ir a ocultarse en un lugar apacible, no era más que miedo a las circunstancias.

Sin embargo, era simpático y agradable. Estaba segura de que debía ser un buen amigo, aunque en realidad no pudiera una mujer fiarse de él en momentos difíciles.

Penny se acercó a ella.

—Veo que me has hecho caso.

—¿Por qué? —indagó la joven.

—Te han visto con ese irlandés.

Mimí se encogió de hombros.

—No hemos hecho más que pasear. Le he encontrado casualmente.

Penny movió la cabeza.

—Harías mejor apartándote de Joe.

Se abrió la puerta para dejar paso a unos hombres jóvenes y fornidos, de aire parecido a Joe. Ella sabía que se trataba de individuos de su misma clase.

Nadie sabía de qué vivían, aunque jugaban a los dados y vendían drogas o artículos de contrabando.

Se acercaron al mostrador, con ruidosas muestras de júbilo y de alegría.

El camarero les sonrió, servilmente. No quería disgustos con aquella gente. Las camareras procuraron apartarse un tanto. Solo Mimí se quedó en su sitio, sin prestarles atención. No les temía aunque no le fueran simpáticos.

—Whisky para todos —dijo uno de ellos, al que llamaban Cincinnati.

Otro exclamó:

—¿Qué ocurre en esta casa? Queremos música. Que vengan a beber las chicas. Todo nos sale bien y estamos de buen humor.

Los cuatro hombres se mostraban provocadores, y agresivos. Su júbilo, se dijo Mimí, era siempre desafiante.

Pero nadie se atrevía con ellos.

De pronto vieron a Penny, y uno exclamó:

—¡Mira quién está aquí! Donde la veis, era la chica más alegre y más guapa del “Galty”.

El “Galty” era un local donde actuaban artistas de poca talla.

Penny se limitó a decir:

—Déjame en paz.

El camarero se humedeció los labios.

—Beban y dejen a esa pobre chica en paz.

Cincinnati se volvió hacia él, sujetándole, bruscamente por la camisa.

—¿Quién te mete a ti en esto, imbécil?

El camarero calló, asustado. Mimí sintió desprecio por todos ellos. Cincinnati se adelantó hacia Penny.

—Vamos, baila y canta un poco. Queremos divertirnos.

Mimí se colocó delante de Penny, cubriéndola con su cuerpo.

—Dejadla en paz.

Uno de los compañeros de Cincinnati rio.

—Me gustan las mujeres valientes. Esa para mí.

—Sí, pero antes que baile Penny —insistió Cincinnati Apartó a Mimí de un empujón y sujetó a la otra por un brazo, arrastrándola junto al mostrador—. Ahora bebe.

Penny pugnó por desasirse sin ningún resultado. Cincinnati, al ver que no le obedecía, cogió el vaso de whisky y le arrojó a la cara su contenido.

—Ya has bebido. Ahora baila o te sacudiré. Ya me conoces.

Penny, aterrorizada, se secó el licor que le humedecía la cara.

—Baila —ordenó Cincinnati—, y canta. Tengo ganas de divertirme.

Sus tres compañeros le contemplaron sonriendo.

Mimí se estremeció de horror. Pero se sentía como clavada en el

sitio.

Cincinnati rugió:

—¡He dicho que cantes y que bailes!

Como Penny no se decidía, se encaminó hacia ella, con lo que provocó la risa de sus compañeros.

En aquel instante, una voz firme, de cortantes aristas, exclamó:

—¡Estese quieto!

Todos volvieron la vista, para ver a Dennis y a Frank que en la puerta contemplaban la escena. Cincinnati levantó una ceja.

—¿Y a ti quién te mete, desgraciado?

—Deje en paz a esa muchacha —ordenó Dennis.

Cincinnati rompió a reír.

—A la vieja Penny le ha salido un defensor. Vamos, marchaos antes de que...

—Tú eres el que ha de marcharse, ¿entiendes? —dijo Frank.

Los tres amigos de Cincinnati se pusieron en pie, dispuesto a ayudar a este. Pero el bravucón les detuvo con un ademán. Luego se acercó adonde se encontraba Dennis y le contempló de cabeza a pies.

—Te lo has buscado, chiquito —dijo, al tiempo que le sujetaba por la camisa.

Mimí lo contemplaba todo con asombro.

Cincinnati iba a golpearle con el puño izquierdo, cuando McKenna, sin perder la calma, detuvo el golpe y apretó la mano con la que le sujetaba la camisa.

Cincinnati lanzó un alarido de dolor y casi al mismo tiempo Dennis le dirigió un izquierdazo al vientre.

El bravucón se echó hacia atrás, tambaleándose y resoplando como una marsopa.

Sus tres amigos se abalanzaron sobre los dos jóvenes. Mimí estaba asombrada ante lo que ocurría. El semblante de Dennis no parecía el mismo.

McKenna extendió el pie y uno de sus agresores se desplomó, mientras Frank se enfrentaba con el otro. Desvió su puño y luego le golpeó en el rostro.

Su adversario dio un gemido y se echó hacia atrás, pero Dekker le asestó un nuevo gancho en el vientre. Al doblarse, Frank unió las dos manos por detrás de la nuca del adversario, obligándole a bajar

la cabeza, al tiempo que alzaba la rodilla contra su rostro.

Se oyó un gemido y el otro cayó al suelo, aturdido. Frank se volvió para ver cómo Dennis se enfrentaba contra el tercer enemigo.

Este le lanzó un directo, pero el agente lo esquivó, al tiempo que le aferraba por la muñeca.

Luego giró sobre sí mismo y arrojó a su rival por encima de la espalda, hacia la pared. El otro quedó en el suelo aturdido.

Cincinnati se acariciaba una mano, mientras decía:

—Me has roto el dedo a traición. Lo pagarás.

Se llevó la mano derecha al bolsillo para empuñar un arma, pero Dennis no le dio tiempo. Le sujetó la muñeca, mientras el otro intentaba golpearle con la izquierda. Dennis esquivó los puntapiés que le dirigía su adversario.

Por fin sacó la pistola y le retorció la muñeca hasta obligarle a soltarla.

Entonces Dennis alzó el puño y dirigió un terrible directo al rostro de su rival. Este lanzó un gemido y dio un paso atrás, agitando los brazos en el aire. De nuevo, Dennis le golpeó. Su puño, sobre los huesos del cráneo del otro, resonaba como si algo fuera a quebrarse.

Cincinnati se tambaleó, pero Dennis le sujetó para que no cayera. De nuevo le dirigió un directo a la mandíbula. La sangre le manaba del rostro.

Cincinnati, perdido todo su empaque, aterrado por el dolor de los golpes, se replegó mientras gemía:

—No, no, déjame. No me pegues; más...

Dennis no le dejó concluir. Ladeó ligeramente sus hombros y dirigió un directo a la mandíbula con terrible fuerza.

Cincinnati lanzó un gemido y se desplomó. Quedó aturdido en el suelo, sin fuerzas para levantarse.

Dennis le sujetó por un hombro, con relativa facilidad, al tiempo que le decía:

—Ahora márchate de aquí y reza para que a Penny no le ocurra nada, porque si un día resbala te abriré la cabeza aunque no tengas la culpa.

Mimí estaba asombrada ante el cambio sufrido por aquel hombre sencillo y amable. Era un luchador feroz e implacable.

Cincinnati asintió, asustado aún y vencido por el dolor. Luego

echó a correr, seguido por sus tres compañeros, que no estaban en mejores condiciones que él.

Penny miró a Dennis y le dijo:

—Gracias, McKenna. Es la primera vez que...

Dennis sonrió, volviendo a ser el hombre que la muchacha había conocido.

—No se preocupe. No volverán a molestarla.

Capítulo X

JOE PIERDE SU DUREZA

CUANDO GALENTO entró en el restaurante a buscar a Mimí, se dio cuenta de que algo sucedía.

Se preguntó qué podía ser. Había estado durmiendo toda la tarde, ya que la noche anterior se acostó de madrugada.

Se acercó a una mesa, esperando que Mimí acudiera como siempre. Comprendió también que a ella le ocurría algo.

Comenzaba a intrigarle aquel misterio y decidió que lo mejor sería preguntar para salir de dudas.

Se daba cuenta también de que todos le miraban con una expresión extraña. Encargó la cena y esperó a que regresase Mimí.

—¿Qué ha pasado aquí? —indagó.

La muchacha se encogió de hombros.

—Ha habido una reyerta, eso es todo.

Iba a añadir algo el joven, cuando la muchacha se alejó porque la llamaban desde otra mesa. Joe cenó sin prisas y sin apetito.

Se daba cuenta de que pese a que, en un momento dado, Mimí estuvo a punto de rendirse a sus demandas, todo había cambiado.

—¿Qué te ocurre, Mimí?

Ella se volvió hacia él y miróle con fijeza.

—Joe, estábamos equivocados.

Sorprendido, él quiso saber:

—¿Por qué?

Mimí aspiró hondo.

—En el mundo no hay solo hombres que muerden y que se dejan morder. Los hay que son honrados.

—Esos son los que tienen miedo de vivir como hombres.

—No, Joe —respondió ella—. En esto nos hemos equivocado. Hay hombres honrados, incapaces de cometer una mala acción,

pero capaces de enfrentarse con cualquiera con tal de evitar una injusticia. Donnacha McKenna es de esos.

—¿McKenna? —respondió Joe, sonriendo con desdén—. ¿El que quiere huir de las ciudades?

—Sí, ese mismo.

—¿Y eso no es miedo?

—No, Joe. No es por miedo. Hoy han venido Cincinnati y otros como él. Iban algo alegres. Han molestado a Penny y nadie se ha atrevido a plantarles cara.

Joe asintió, con admiración.

—¡Esos son hombres!

Mimí no pudo contener una carcajada.

—¿Te parecen hombres? Entonces, ¿qué es McKenna? ¿Y qué es su amigo? Se han atrevido a plantarles cara.

Galento no pudo evitar una expresión de asombro, pero movido por los celos, añadió con júbilo:

—Deben haber muerto.

Mimí le dirigió una larga mirada.

—No, no han muerto. Pero tenías que haber visto a Cincinnati pidiendo a McKenna que no le pegara más, que le perdonase, porque a cada golpe le tiraba al suelo.

Joe se detuvo, mirándola con estupor.

—¡No es posible!

Mimí le refirió la reyerta. El otro escuchó en silencio, sintiendo que en su corazón nacía una envidia que todo lo arrollaba. Mimí nunca había hablado de él de aquel modo.

—¿Dices que le rompió un dedo? —repitió. Luego, añadió—: ¿Dónde debió aprender el yudo?

—¿Ves cómo no es un cobarde? No le importó enfrentarse con dos hombres, ayudado por el otro, para defender a Penny, cuando los demás se acobardaban.

Galento agregó:

—Tal vez no sea un cobarde, pero es tonto. Mírale dónde está, trabajando en el muelle. Y quién sabe por qué desembarcó.

—¿No dijiste que no había protestado cuando le echaron?

Joe se dio cuenta de su error y se apresuró a corregirlo.

—Sí, no sé por qué desembarcó, pero no quiso armar jaleo a bordo. Es tonto, no lo pienses más.

Tras una breve pausa, agregó ella:

—Pienso que es honrado, como lo era mi padre. Si hubiera más hombres como él, capaces de enfrentarse con el peligro para reparar la injusticia, el mundo sería un lugar más agradable.

Habían llegado ya ante la casa donde vivía la muchacha. Joe le apoyó una mano en el brazo, como para retenerla, mientras le decía:

—Pero escucha, Mimí...

Ella le apartó, interrumpiéndole:

—Perdona, Joe, pero estoy muy cansada.

Se alejó hacia su casa y entró en ella. Galento quedóse en la calle, preocupado y silencioso. Encendió un cigarrillo mientras contemplaba la vivienda. Debía desembarazarse de Donnacha y de su amigo, pero se daba cuenta de que no era tarea fácil.

Eran hombres peligrosos, capaces de todo.

Sin embargo, no iban armados y tanto su pistola como su navaja respondían a todo lo que hiciera. No estaba dispuesto a permitir que nadie se interpusiera en el magnífico porvenir que a sí mismo se había trazado.

Pensativo, seguía allí, en la amplia plaza que iluminaba claramente la luna.

Mientras, Mimí subía por la escalera a oscuras, preguntándose si estaría en lo cierto Joe o si sería un equivocado.

Cierto que había quienes morían si no sabían atacar. En parte, a su padre le ocurrió esto. Joe tenía razón al decir que los que no mordían eran mordidos. Pero había otros hombres como Donnacha, que no temían el peligro cuando defendían una causa justa.

¿No sería este el camino verdadero?

Pensó nuevamente en Donnacha y en su expresión alegre y sincera. Recordó cuando le hablaba de Irlanda y también su expresión cuando defendía a Penny.

Una mujer sería feliz a su lado.

Se sorprendió a sí misma al pensar esto. ¿Qué motivos tenía para pensarlo y por qué debía creer una cosa así?

Entró en su habitación. A través de la abierta ventana se filtraban los rayos de luna. Se acercó a aquella y contempló la plaza.

Pudo distinguir claramente a Galento, que fumaba un cigarrillo.

Iba a llamarle, cuando vio tres sombras, a las que no pudo reconocer, que se acercaban a él y le sujetaban por los brazos.

En el silencio que allí reinaba, distinguió sus voces sin entender lo que decían.

Pudo distinguir la voz de un hombre que hablaba con Joe con tono autoritario. Parecían reprenderle duramente.

Joe permanecía inmóvil, rodeado por los otros dos. Luego Joe respondió, pero en tono de excusa, como si no se atreviera a enfrentarse con sus tres adversarios.

Sorprendida, se preguntó a qué podía obedecer aquello.

No podía ver a los tres hombres ni reconocerles,

Sin embargo, tenían amedrentado a Galento.

Esto la sorprendió mucho. Siempre consideró a Joe como un hombre peligroso. Todos parecían temerle y en aquel momento era él quien se atemorizaba.

Prestó atención. Joe parecía querer defenderse de algo, pero no le dejaba el otro, que le interrumpía, repitiendo algo que se hubiera dicho era una orden.

Joe comenzó a alejarse, al tiempo que uno de sus adversarios, el que parecía tener más autoridad, señalaba hacia el otro extremo de la calle.

Las sombras desaparecieron.

Mimí quedóse pensativa.

¿A qué podía obedecer aquello?

Nunca imaginó a Joe amedrentado hasta aquel punto. Donnacha, se dijo, no hubiera permitido que le trataran de aquel modo.

Casi enseguida se arrepintió de haberlo pensado. Era una deslealtad hacia Joe. Este fue su amigo y al irlandés apenas le conocía.

* * *

Tommy llegó tambaleándose hasta el cobertizo donde vivía. Allí podría descansar.

Estaba asustado. El recuerdo de aquella paliza que le dejó a punto de morir y la ignominia que tuvo que soportar al callar lo que sabía, le habían empujado al vicio.

Pero hacía pocos días, tentado por el dinero, había declarado

cosas que muchos no sabían y que los pocos que estaban enterados procuraban callarse.

Temía que algo malo le ocurriera. Estaba acostumbrado a que todos le agrediesen.

Pero aquellos dos hombres se habían mostrado amigos suyos. Le dieron dinero y pudo emborracharse.

Sin embargo, tenía miedo.

Se tendió en el cobertizo, sintiendo que los vapores del alcohol hacían que la puerta por la que entraba el resplandor de la luna girara como si estuviera dotada de vida.

De súbito, antes de que pudiera evitarlo, unas manos poderosas le atenazaron la garganta.

Intentó gritar, pero no pudo. Tampoco pudo zafarse de la trampa. Sintió que el aire comenzaba a fallarle y pugnó por librarse de su enemigo.

Poco a poco, sus fuerzas cedieron. Casi ni pudieron oírse los estertores de su agonía.

* * *

Dekker contempló a McKenna, que le preguntaba:

—¿Te has entrevistado con el enlace?

Asintió Frank.

—Estábamos citados en la entrada de un cine. El enlace era Bushman. Me ha dicho que habían pedido el expediente por la muerte de O'Rourke.

—¿Y bien? —indagó Dennis.

—Ha desaparecido.

McKenna le contempló estupefacto.

—En la comisaría les han contestado que debió trasapelarse, puesto que no lo encuentran. Siguen buscándolo.

McKenna movió la cabeza.

—Esto no me gusta nada, pero quiere decir que vamos por buen camino.

—Quizá se les haya trasapelado de veras.

—Es posible. Y no nos queda más que un camino: hablar con Tommy. Iremos mañana. Cualquiera le encuentra ahora —hizo una pausa y agregó—: ¿Pediste la ficha de Mariner?

—Sí, desde luego. Nos la darán el próximo día. He de llamar

pasado mañana.

Dennis asintió.

—Es necesaria mucha paciencia. Pero ya averiguaremos lo que sucede.

Capítulo XI COMPLICACIONES

DEKKER y McKenna avanzaban hacia el cobertizo donde sabían que dormía Tommy. A aquella hora solía estar descansando aún.

Conseguirían que hablase y que refiriese toda la verdad.

Mientras Dekker se aseguraba de que no había nadie por los contornos, Dennis entró en el cobertizo.

Lo que vio, bastaba para aterrorizar a cualquier hombre.

Por desgracia, Dennis había visto muchos muertos. Desde antes de ingresar en el F. B. I., cuando combatía en Corea.

Tommy se encontraba tendido en el suelo, con las manos agarrotadas y los ojos saliéndole de las órbitas.

Le habían asesinado. Debía avisar a la policía para que examinaran el cuello y supieran si había quedado alguna huella digital.

Salió del cobertizo y advirtió a Frank:

—Han matado a Tommy. Hay que dar parte enseguida para que examinen el cadáver.

Frank exclamó:

—Voy yo mismo.

Dennis quedó de nuevo solo junto a Tommy. A causa de su estado de debilidad, no debió ser un enemigo peligroso para nadie. Debió morir casi enseguida.

Examinó los alrededores buscando algo que le revelara la identidad del criminal.

Tan solo encontró un botón perdido entre la paja que cubría el suelo. Se aseguró de que no pertenecía a Tommy y esperó a que llegara la policía.

Un policía de uniforme acudió en compañía de Dekker. Debían

comenzar las formalidades. Luego llegarían un agente de la secreta y el forense.

Los dos jóvenes se apresuraron a responder a las preguntas.

* * *

Tobe se puso en pie cuando entró Soapy Mariner.

—¿Qué ocurre? —preguntó este.

El marino sonrió.

—Tengo una información bastante buena.

—¿Cuál es?

Tobe sonrió de nuevo, satisfecho de poder dar la información que le pedían.

—He estado averiguando por ahí lo que me dijiste acerca de los agentes del F. B. I. que habían enviado.

—¿Y bien?

—Creo que ya los tengo. Son dos forasteros que trabajan como estibadores en el muelle. Se llaman Donnacha McKenna y Frank Dekker.

—¿Por qué supones que son ellos?

—Me he enterado que no hacen más que husmear, pero esto no me preocupa mucho porque la gente es discreta. Tuvieron una pelea con Cincinnati y unos amigos y les vencieron. A Cincinnati le rompieron un dedo con una llave de yudo. Son los mismos que armaron el escándalo en aquel garito.

—Todos estos datos no son suficientes —objetó Mariner.

Tobe volvió a sonreír.

—Son quienes han descubierto el cadáver de Tommy. Y yo me pregunto qué hacían allí si no les interesaba hablar con él.

Marinar asintió.

—Habrá que encargarse de esos chicos.

Tobe sonrió.

—Me ocuparé.

* * *

Dekker y Dennis trabajaban en la descarga de aquel buque de cabotaje.

Las grúas iban chirriando mientras los estibadores colocaban las pesadas cajas en las redes.

Desde la bodega de la nave iba subiendo el cargamento hasta la cubierta.

Los tripulantes del buque no se apartaban un solo momento de aquel lugar, vigilando la carga, como si temieran que alguien abriese las cajas.

Frank murmuró:

—Quisiera saber qué es lo que va ahí dentro. Tienen mucho cuidado.

Dennis sonrió.

—No te hagas ilusiones. Es whisky. Lo vigilan porque los estibadores se llevan botellas a su casa.

El otro movió la cabeza.

—Me había imaginado que estábamos sobre una pista.

La mañana anterior habían estado declarando en la comisaría. Fue un trámite sencillo, pero debieron dejar anotados sus domicilios por si era necesario que declarasen nuevamente.

Al principio hubo algún revuelo y cierto interés en torno a ellos, pero como se negaron a seguir hablando, los demás estibadores se olvidaron del incidente.

Dekker agregó:

—Quisiera saber por qué mataron a Tommy. No era para robarle. Tenía que existir algún motivo.

—Sí, Frank —reconoció el otro—. Un motivo que está relacionado con nuestro asunto. Pero lo descubriremos.

De improviso se oyó cómo chirriaba la grúa, al tiempo que uno de los estibadores gritaba:

—¡Cuidado!

Los dos jóvenes, instintivamente, saltaron hacia los lados, sin saber el motivo.

En el lugar preciso donde ambos se encontraban había caído una de las cargas de cajas. De haberles encontrado allí, les hubiera matado.

No lo dudaron un solo instante. Los dos se pusieron en pie y corrieron a las escalerillas auxiliares, encaramándose hacia la cubierta.

El empleado que manejaba la grúa se hallaba tendido en el suelo frotándose la nuca. Dennis vio cómo una figura escapaba por la cubierta. Sin detenerse, comenzó su persecución.

Avanzó por cubierta en pos de aquella figura.

El otro se dio cuenta de que le perseguían y de que era preciso salvarse como fuera.

Se volvió, empuñando la pistola, e hizo fuego.

Dennis se tendió en el suelo, a tiempo de que el proyectil pasara silbando sobre su cabeza.

El joven no temía el desarrollo que aquello podía tener. Si no le mataban en la persecución, conseguiría atenzar a su enemigo.

En caso de que llegara la policía, sería fácil arreglarlo.

Su adversario echó nuevamente a correr y el joven se puso en pie para perseguirle. Avanzó pegándose a la pared de la obra muerta del buque, mientras los estibadores y los tripulantes de la nave se miraban con estupor, preguntándose qué podía suceder.

El fugitivo se volvió nuevamente, esgrimiendo la pistola. Dennis se pegó contra la pared, evitando así el proyectil que iba a pasar junto a su persona.

Vio cómo su enemigo salía huyendo y se lanzó de nuevo en su persecución.

El otro se detuvo de nuevo, accionando el gatillo.

Se encontraba ya en la popa de la nave. Allí no podía evitar que el joven se abalanzara sobre él cuando concluyera las municiones del revólver.

Frank avanzaría por el otro lado de la obra muerta para cortarle el paso. Era preciso no dejarle escapar.

Dennis se había pegado contra la pared, contemplando a su enemigo. Este se encontraba inmóvil en el centro de la cubierta, esperando que alguien fuera a detenerle.

McKenna cogió una herramienta que se encontraba a corta distancia y se la arrojó con fuerza.

El otro, instintivamente, hizo fuego por dos veces. Aún le quedaba un proyectil en aquel diminuto revólver, pero tan mortal como una pistola de campaña.

Dennis ordenó:

—¡Suelta el arma!

El otro exclamó, salvajemente:

—¡Ven a buscarme!

Pero Dennis agregó, mientras reía:

—Te queda un solo proyectil y no tienes medio de escapar.

Cuando dispares, matarás a uno. Nosotros somos varios y te lincharemos.

El miedo se iba apoderando del asesino. Se daba cuenta de que era verdad lo que le decían. Apretó el revólver con fuerza y gritó:

—Venid todos. Aún soy capaz de defenderme.

Dennis decidió arriesgarse. Quería capturarlo él mismo, para obligarle a hablar.

Cogió un taco de madera y lo arrojó contra su enemigo. Este volvió a disparar.

Entonces se dio cuenta de que había agotado sus municiones. McKenna salió de su escondrijo y se lanzó sobre él. El asesino vio aquella masa de músculos que se le venía encima y chilló horrorizado, y sin pensarlo, se volvió y arrojóse por la borda.

Dennis iba a seguirte. Desde lo alto del buque vieron cómo el asesino nadaba a grandes brazadas, intentando salvarse de su rival. Pero no se dio cuenta de que una gasolinera avanzaba precisamente en la misma dirección.

Tampoco lo advirtió el conductor de la embarcación.

Chocó contra el cuerpo del asesino, destrozándolo.

Dennis hizo un gesto de contrariedad. Dekker se acercó a él.

—Es una lástima. Hubiéramos podido vencerle.

—Sí, y hubiera hablado, pero ahora ha concluido todo.

Frank agregó:

—El encargado de la grúa recibió un golpe y cayó al suelo. Fue el momento que aprovecharon para soltar las cajas.

Dennis, tras una pausa, agregó:

—Esto quiere decir que el enemigo nos conoce y que estamos, sobre una pista verdadera. Y cada vez me convenzo más de que todos los asesinatos están unidos.

Dekker movió la cabeza.

—Es desesperante fracasar cuando se está tan cerca del éxito.

McKenna sonrió.

—No hemos fracasado, muchacho. Esto no es más que un percance. Pero tienen mucho interés en eliminarnos.

Capítulo XII

LA SUERTE DE DENNIS

PENNY movió la cabeza.

—Están pasando cosas muy extrañas —dijo—. Tommy muere igual que murió Gluck. Y ahora intentan matar a esos dos chicos.

Mimí sintió, al oírsele contar a su amiga, que algo en su interior se desgarraba.

Él había estado en peligro de morir. Se estremeció. El accidente provocado había sido casi un éxito. Por poco, Donnacha y su amigo no cayeron bajo las cajas.

Imaginó sus cuerpos destrozados.

Se cubrió la cara con las manos, incapaz de conservar la calma. Luego se volvió hacia Penny, que la contemplaba con expresión comprensiva.

—Sí —dijo—, es curioso que hayan ocurrido tantas muertes en tan poco tiempo.

Penny exclamó entonces:

—Comprendo que le quieras. Es un hombre de verdad.

La muchacha contempló sorprendida a su amiga.

—¿Qué quieres decir?

Penny rio.

—Tú quieres a Donnacha. No intentes engañarte, porque serías tú la única que ibas a pagarlo.

Mimí quedóse estupefacta, sin saber qué responder.

¿Sería cierto lo que estaba diciendo su amiga?

Esta sonreía, al tiempo que le apoyaba la mano en el hombro.

—No te engañes, Mimí.

La muchacha sonrió, a su vez.

—Apenas hemos hablado.

—Bastan cinco minutos para enamorarnos de una persona y a

veces no sabemos responder a tiempo. Entonces se sufre como cuando unimos nuestra suerte a la de un indeseable.

Mimí sabía que esto era una alusión a Joe, que fue siempre un hombre que luchó contra la sociedad.

El recuerdo de Joe la inquietó. Lo que había visto dos noches antes aún la preocupaba mucho.

El modo cómo le asustaron era algo nuevo que ella no había podido imaginar nunca. Se pasó la mano por la frente. ¿Quiénes eran aquellos hombres y qué era lo que deseaban?

¿Por qué Joe no se enfrentó con ellos como siempre se jactó de hacerlo con todos?

Donnacha se había atrevido a plantar cara a Cincinnati y aquella mañana, según le habían dicho, persiguió al hombre que intentó matarle.

Sí, le amaba. Aquel sentimiento que jamás experimentó antes y que en nada se parecía a lo que Joe le inspiraba debía ser amor.

Sintió que enrojecía, al pensarlo. Penny le pasó el brazo por los hombros.

—Procura ser feliz, ahora que te es posible.

Salieron al restaurante, donde encontraron a Donnacha que se hallaba en compañía de su amigo en el mostrador. Mimí enrojeció de nuevo, al acercarse a él.

—Hola, Donnacha —dijo—. Me alegro que no consiguieran matarte esta mañana.

McKenna sonrió.

—Gracias, Mimí. Yo también lo celebro.

Parecía como si quisiera quitarle importancia a lo sucedido. Otro estibador indagó:

—¿Sabe quién era el asesino?

Otro negó con la cabeza.

—Estaba destrozado cuando consiguieron recuperar el cuerpo.

Frank escrutaba los semblantes de los que iban hablando.

Quería averiguar si en alguno de ellos se advertía una señal que revelara su culpabilidad. Pero ninguno de ellos parecía estar comprometido en lo que había ocurrido en el muelle.

Otro estibador indagó:

—¿Y tenéis idea de por qué os han atacado?

Dennis se encogió de hombros.

—No acostumbro a preocuparme mucho de cosas así.

Frank añadió:

—Me gustaría saber quién es el que ordenó el ataque para hacerle una visita.

Otro estibador añadió:

—Habéis tenido algunas peleas. No quiero señalar a nadie, pero las habéis tenido. Y quién sabe, quizá alguno de ellos ha pretendido vengarse.

Mimí contempló a Dennis.

—¿Tendrás más cuidado de ahora en adelante?

McKenna sonrió.

—Yo nunca he buscado pelea. Me he visto obligado a aceptarlas.

Mimí le examinó de cabeza a pies. ¡Qué distinto era de Joe! Nadie hubiera podido imaginar que se tratara de hombres que vivían en el mismo ambiente.

—Es preferible no arriesgarse.

Dennis la contempló con una sonrisa.

—¿Tanto te preocupas por mí, Mimí?

Ella entornó las pupilas, mientras desviaba la vista.

—No es agradable pensar que a un amigo le puede ocurrir algo desagradable.

Dennis sonrió.

—¿Nada más que un amigo?

Ella alzó brevemente la vista y luego dijo:

—Un amigo es algo muy importante. ¿No lo crees así?

McKenna asintió.

—En efecto, y te agradezco que me consideres un amigo de verdad.

—¿Qué otra cosa podía pensar de ti? —dijo ella, revelando en parte lo que por el joven sentía—. Eres sincero y defiendes a los que lo necesitan, aunque apenas les conozcas.

Dennis contestó:

—Haría cualquier cosa por ti, Mimí —hizo una pausa y agregó—: Luego, cuando cierre esto, te vendré a buscar. ¿Te importa?

Mimí negó con la cabeza, al tiempo que contenía una sonrisa de satisfacción.

El joven le estrechó la mano, mientras decía:

—Creo que fue una buena idea desembarcar aquí.

Mimí también lo creía. El contacto de la mano de Dennis le proporcionaba una sensación de seguridad como jamás la había tenido, ni siquiera en los momentos en que su padre vivía. Tuvo una visión de la Irlanda que el joven le había descrito. Aquellas colinas verdes le prometían una dicha sin fin.

Los demás estibadores exclamaron:

—Vamos, Donnacha. Aún es pronto.

McKenna estrechó la mano de la muchacha y sonrió.

—Volveré a buscarte.

Ella asintió, feliz.

* * *

Completamente ajenos a la conversación que sostenían aquellos dos jóvenes y al riesgo que horas antes había desafiado el joven, en el centro de Manhattan, en un elegante hotel, se celebraba un banquete al que asistía gente de importancia.

Hendrix entró y contempló a los que allí se reunían. Casi todos eran políticos y financieros de Wall Street, aunque existía un buen núcleo de catedráticos. Aquel era el banquete anual de su curso en Yale.

Era quizá el único que había seguido la carrera policial, pero estaba satisfecho y dispuesto a renunciar a todas las ventajas que pudiera ofrecerle otra profesión. Sabía que todos los demás conseguían vivir tranquilos gracias a su tranquila labor.

Viejos amigos se saludaban cada año, recordando la juventud pasada entre los muros de la Universidad.

Un importante senador se acercó a él, sonriendo.

—Hola, “Calzones” —dijo, tendiéndole la mano y empleando el apodo estudiantil—. Hacía años que no nos veíamos.

—Desde luego, Henderson. Sé que estuviste de embajador en Europa.

—Sí, he estado varios años fuera de los Estados Unidos. Pero ahora vuelvo a casa y me alegro.

—He leído varios discursos tuyos.

Henderson sonrió.

—Tienes la misma paciencia que cuando estudiábamos. Eras el único capaz de fijarte en los detalles. Has nacido para detective.

Hendrix sonrió.

—¿Qué filósofo dijo que la felicidad está en encontrar una profesión que sea tu afición?

Henderson exclamó:

—Me parece, que fue “Calzones” Hendrix.

Un financiero de expresión severa, pero simpática, se reunió a ellos.

—Hendrix, veo que las fuerzas secretas de la nación también asisten a los actos públicos.

—Así es, Lamson—dijo Henderson—. Estábamos hablando de los discursos.

Lamson sonrió.

—Hacía años que no estábamos los tres juntos. Hendrix ha faltado en ocasiones, debido al servicio. Tú, Henderson, estabas en Europa, y yo me he visto obligado a faltar otras por mis negocios. Me alegro de que los tres compañeros de habitación nos hayamos reunido.

Hendrix recordó sus conversaciones con aquellos dos estudiantes y sonrió con nostalgia.

—Además —dijo Lamson—, quería hablar contigo, Hendrix. Esa profesión tuya es muy honrosa, pero carece de porvenir. Yo necesito alguien que me proporcione informes y que me averigüe cosas. ¿Por qué no trabajas para mí?

Hendrix sonrió.

—Gracias, Lamson, pero no deseo cambiar de profesión por ahora. El F. B. I. es un trabajo necesario.

Lamson asintió.

—Lo sé, pero piensa en lo que te he dicho. Tu cargo sería uno de los más importantes de mi casa. Aunque menos honroso —exclamó sonriendo—, te resultaría mucho más remunerativo.

Capítulo XIII

SORPRESA

JOE entró en el restaurante con una expresión un tanto preocupada. Había cosas que no le gustaban lo más mínimo. Comenzaba a arrepentirse de haber aceptado un encargo que podía traer tantas complicaciones.

Lo mejor sería marcharse de la ciudad. Convencería a Mimí y se irían a la costa del Pacífico.

“Barto’s” estaba a punto de cerrar sus puertas y como cada noche, acudía allí a buscar a la muchacha.

Se acercó al mostrador y dijo al camarero:

—Dile a Mimí que estoy aquí.

El otro sonrió.

—Yo me marcho y esto no puede quedarse solo.

—Ya estoy yo. Lárgate y no molestes.

El camarero conocía bien a Galento y no quería disgustos con él. Se guardó la recaudación, para entregarla. Si Joe cometía algún destrozo quizá le despidieran, pero al menos conservaría la vida.

Se encaminó al vestuario donde las camareras se arreglaban para salir. Tan solo quedaban allí Mimí y Penny.

El empleado dijo:

—Ahí está Joe Galento que viene a buscarte.

Mimí contempló a su amiga.

—No había pensado en que él viniera aquí.

—Sal y díselo —advirtió Penny—. Lo mejor —agregó después— será que yo salga y le diga que no estás aquí, que te has ido. Tú me esperas y cuando llegue Donnacha te vas con él.

Mimí negó con la cabeza.

—No, saldré yo misma a decírselo. No tengo por qué mentir a nadie...

Penny iba a protestar, cuando el camarero exclamó, con expresión de miedo:

—Haced algo, pero hacedlo pronto. Tengo que cerrar.

Penny le invitó:

—Si tienes miedo, dame la llave y yo cerraré.

El otro movió la cabeza,

—No me atrevo.

Mimí había salido al encuentro de Joe. Este sonrió.

—Hola, nena.

Mimí le contempló un instante. Ella no conocía la mentira y, al fin y al cabo, entre los dos no existía el menor compromiso.

—Joe... —comenzó a decir, pero Galento la interrumpió.

—Mira, he estado pensando muchas cosas. Lo mejor será que hablemos mientras te acompaño.

Ella le detuvo con un ademán.

—No, Joe. Hoy no puede ser.

Galento la contempló sorprendido.

—¿Por qué?

Mimí le miró francamente a los ojos.

—Tengo una cita.

Galento parpadeó asombrado, y luego enrojeció de furor.

—¿Una cita? —repitió—. ¿Con quién?

Mimí se encogió de hombros.

—No creo que esto te interese, pero no tengo inconveniente en decírtelo. Con Donnacha.

Galento apretó los puños.

—¿Con Donnacha? ¿Con ese cobarde?

—Joe, recuerda que soy libre de hacer lo que me parezca, y, además, Donnacha no es un cobarde.

Joe avanzó hasta ella, mirándola con furia, casi con odio. Mimí se sorprendió ante la inesperada actitud del joven.

—¿Qué es lo que ocurría a mi espalda? Te citabas con él, ¿verdad? Pero de mí no se ríe nadie. Yo te he ayudado y harás lo que yo diga.

La muchacha conservó la serenidad.

—Joe, tú no eres más que un buen amigo y no tienes derecho a...

Él la interrumpió con un gruñido.

—Yo tengo derecho a hacer lo que me parece. Te ayudé cuando más lo necesitabas y ahora en que ya no te hago falta, me das de lado por ese irlandés sonriente y blando —la sujetó por el brazo y exclamó furioso—: Pero no lo conseguirás. Te advierto que estoy dispuesto a...

Mimí se soltó violentamente.

—¡Déjame! —dijo, indignada—. Nunca te negaré mi amistad, pero no eres quién para mandarme. Además, no me grites. Podías haberlo hecho la otra noche cuando era otro el que te gritaba a ti.

Las facciones de Joe se contrajeron. Sus pupilas parecieron inyectarse en sangre y volvió a sujetarla, al tiempo que exclamaba:

—Me espiabas, ¿verdad? Pues te advierto que vendrás conmigo te guste o no, y acabarás por rogármelo de rodillas.

—¿Estás seguro? —dijo la voz de McKenna.

Galento se volvió para ver al irlandés, detenido junto a la puerta.

Mimí no pudo contenerse:

—¡Donnacha!

Joe, sin soltar a la muchacha, advirtió:

—Márchate, porque si no, vas a sentirlo. Yo tengo poca paciencia y...

Donnacha le había estado mirando los botones de la chaqueta. Sonrió, añadiendo:

—Ya sé que eres un hombre terrible. Incluso has matado a varios. Como Tommy, por ejemplo. Pero pierdes los botones junto a los cadáveres.

Sacó uno del bolsillo y mostróselo a Joe. Este, instintivamente, se tocó uno de ellos, de color distinto a los otros.

—Sabía que tú le mataste —mintió Dennis, dando por cierto lo que tan solo fue una suposición.

Joe, pálido, se llevó la mano al pecho, para empuñar el arma, pero Dennis fue más rápido.

Cogió una silla y arrojóla violentamente contra Galento. Este; por instinto, volvió la cabeza, permitiendo al agente lanzarse sobre él.

Rodaron ambos por el suelo.

Mimí, sorprendida, contemplaba la escena sin saber exactamente qué era lo que estaba ocurriendo.

Joe esgrimía ya el arma, que Dennis mantenía desviada, al tiempo que retorció la muñeca de su enemigo. Galento pugnaba por zafarse de la presa de hierro que le inmovilizaba, buscando con sus dedos los ojos de McKenna.

Dennis esquivaba la cara, para evitar que el otro pudiera conseguir su propósito. De pronto le golpeó con fuerza. Galento lanzó un gemido y una maldición, pero no cesó la lucha. Poco a poco, la mano de Galento quedaba inmovilizada. El dolor se iba extendiendo por todo el brazo, hasta que al fin soltó la pistola. Dennis le descargó entonces un directo en la mandíbula y se puso en pie, obligando a Joe a imitarle. De un puntapié apartó la pistola, al tiempo que le ordenaba a Mimí:

—Recógela.

La muchacha, estupefacta aún, le obedeció.

Joe se rehízo al instante. El dolor del brazo había cesado y se encontraba en condiciones de seguir luchando.

Asestó un golpe a su rival, pero este lo esquivó con una facilidad increíble. Luego le descargó un directo en el mentón.

Galento dio un traspiés a punto de perder el equilibrio, pero se mantuvo en pie y lanzóse sobre Dennis. Este desvió el puño de su contrario y le volvió a golpear en la quijada.

Joe giró sobre sí mismo, casi aturdido. Entonces, Dennis se abalanzó sobre él.

Comenzó a martillarle los costados hasta que el otro se dobló sobre sí mismo, agotado por el dolor. Entonces, Dennis le asestó un gancho en la mandíbula y Galento perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás, aturdido.

Dennis aspiró hondo y le sujetó por las solapas, obligándole a levantarse. La sangre manaba de la boca del otro. Le sujetó con fuerza y le abofeteó sin piedad.

—¿Fuiste tú quien mataste a Tommy? ¡Contesta!

Galento, deshecho moralmente, asintió, aterrorizado.

—Sí, fui yo. Déjame.

Mimí no pudo contener un gesto de repugnancia.

Dennis sonrió.

—Está bien. ¿Por qué le mataste?

Joe le miró aterrado. Sabía que Tobe no le iba a perdonar nunca si confesaba la verdad, pero aquel irlandés le había vencido.

—Me lo ordenaron. Yo no lo pude evitar.

Dennis le apartó de un empujón y entonces sacó del bolsillo un carnet.

—Quedas detenido. Pertenezco al F.B. I.

Galento palideció. Le condenarían por asesinato y, además, tendría que responder por otras muchas cosas.

—Me amenazaron con matarme si no lo hacía —exclamó, suplicante—. ¡Debes creerme!

Sus facciones se habían contraído de terror. No parecía el mismo hombre que todos en el barrio conocieren.

—¿Por qué te dijeron que le mataras y quién te lo ordenó?

Joe abatió la cabeza.

—Fue Tobe... Tobe Kaminsky.

—¿Por qué te lo ordenó?

Joe se encogió de hombros. No sabía qué decir. Todo se volvía en contra suya. Asustado, contempló a Dennis que apretaba los puños. Debía escaparse cuando fuera posible. Se llevó la mano al bolsillo y la sacó armada de una navaja. Se dispuso a lanzarse sobre el agente, que estaba desarmado.

Capítulo XIII

MIMÍ RECAPACITA

MIMÍ contempló estupefacta a Dennis; ¡Un policía!

Era compañero de aquellos que no quisieron reconocer que su padre había sido asesinado.

¿Era tal vez para conseguir información acerca de Joe que se había acercado a ella?

Vio cómo Galento, navaja en mano, se abalanzaba sobre el joven. Este le esperó a pie firme y cuando estuvo ante él, ladeó el cuerpo, esquivándole.

Al mismo tiempo, extendió el pie y el brazo cayó sobre la muñeca armada. Mimí vio cómo Joe era volteado en el aire, perdiendo la navaja.

McKenna dejó caer al otro en el suelo y apartó el arma de un puntapié. Contempló un momento a Galento y ordenóle:

—¡Levántate y contesta a lo que te he preguntado!

Joe obedeció, perdida ya toda capacidad de resistencia.

—Me dijo que... —comenzó a decir, pero se interrumpió.

Dennis agregó entonces:

—Tú también mataste a Gluck, ¿no es cierto? —al asentir el otro, añadió—: Y fue Tobe Kaminsky quien te lo ordenó.

—Sí, fue él.

—¿Pertenecías a su banda?

Galento ya no tenía fuerzas para negar nada,

—No, me pagaron bien.

Mimí se estremeció de horror. Ambos eran iguales. Un policía y un asesino. El segundo cobraba por matar, pero el primero no era... Se interrumpió en lo que iba a decir. El comportamiento de Dennis variaba todas sus ideas.

—¿Por qué te ordenaron que mataras a Tommy? ¿Qué relación

había entre Gluck y Tommy?

—No lo sé —dijo Joe—. Creo que ninguna, pero Tobe me dijo que tenía que hacerlo, porque en el caso de Gluck cometí un error. Tommy sabía que fue Tobe quien mató a O'Rourke y me parece que fue una venganza. Tobe tenía miedo.

Mimí se volvió horrorizada hacia aquel hombre.

—¿Tú sabías que Tobe Kaminsky mató a mi padre?

Como Galento no respondiera, la muchacha insistió:

—¿Sabías que fue Tobe Kaminsky quien mató a mi padre y nada hiciste? ¿No asegurabas que de haberte encontrado aquí, todo hubiera sido distinto?

Joe abatió la cabeza, incapaz de contestar. Mimí alzó la pistola, ciega de coraje.

Dennis la detuvo, desviando el arma y arrebatándosela.

—No, Mimí, no somos quienes para tomarnos la justicia por nuestra mano. Joe pagará su culpa, igual que Tobe.

La muchacha pugnaba por conseguir nuevamente el arma, al tiempo que decía:

—Él sabía quién mató a mi padre y no me lo dijo. Nunca quiso hablar de eso.

—Ya pagará.

Dennis se guardó la pistola y sonrió.

—Ahora debes explicarme qué interés tenía Tobe Kaminsky en que tú mataras a Gluck y a Tommy.

Joe se encogió de hombros...

—No lo sé. Yo había hecho otros trabajos parecidos. Un día me vinieron a buscar y me dijeron que Tobe quería hablarme. Me prometió dinero y me lo pagó. Yo supuse que Gluck se había peleado con Soapy Mariner.

—¿Ni siquiera te interesó por qué querían matarle? —dijo Dennis, con desprecio.

Joe, desesperado, exclamó:

—¡Usted no sabe lo que es la miseria! ¡No sabe lo que es luchar para vivir y para conseguir algo mejor! Caí por el mal camino, pero fue por la miseria que me rodeaba.

Dennis movió la cabeza.

—¿Crees que yo nací en Manhattan? Mi padre era un emigrante irlandés que tenía un bar. Un día le mataron porque no obedeció la

orden de un “gangster”. Mi madre tuvo que mantenerme con lo que ella ganaba. Crecí en un ambiente parecido al tuyo, pero me hice el propósito de que llegaría a vengar a mi padre. No en el asesino, que ya había sido castigado, sino consiguiendo que este país fuera lo que mi padre vino buscando. Me costé los estudios en la Universidad y luego me fui a Corea. Al regreso ingresé en el F. B. I. Y he luchado siempre para proteger a las personas honradas de los indeseables como tú y como Tobe.

Mimí le escuchaba con asombro.

Aquella historia, relatada en breves palabras, la había desorientado. Comprendía muy bien la situación de McKenna por ser la misma que la suya. Pero lo que no esperaba era aquella reacción de dedicar su vida a proteger la tranquilidad de los demás.

Tan solo lamentaba que él hubiera acudido a su lado para continuar su misión, simulando un amor que ella había creído.

Dennis insistió:

—¿Qué tienen que ver Tobe Kaminsky y Soapy Mariner?

Una voz exclamó, antes de que Joe pudiera hablar:

—Yo te lo explicaré, y no te muevas que apuntamos a la chica.

Dennis se quedó inmóvil. La voz volvió a ordenar:

—¡Suelta el arma!

Tras un breve titubeo, el agente obedeció.

Tobe se acercó, sonriendo.

—Eres muy entrometido, pies planos. Quieres saber muchas cosas y yo haré lo que pueda para que te enteres.

Junto a Tobe se veía a dos tipos mal encarados que encañonaban a los cautivos con sus pistolas. Tobe balanceaba una automática.

Mimí se acercó instintivamente hacia Dennis. Joe se acariciaba la cara, asustado. Le matarían por haber hablado más de la cuenta.

Hizo un ademán con la mano y los dos guardaespaldas les obligaron a salir de allí. Mimí buscó la mano de McKenna, estrechándola con emoción. Él le contestó del mismo modo.

Salieron por la cocina. El camarero estaba pálido, humedeciéndose los labios con la lengua. Penny les contemplaba casi indiferente, otro tipo les vigilaba y en la calle se veía una camioneta cerrada.

Tobe hizo un ademán:

—¡Vamos, salid!

El chofer de la camioneta tenía el mismo aspecto que los otros. Ninguno de los que allí se encontraba hizo el menor movimiento. Tobe les contempló con expresión furiosa.

—¿Es que no me habéis oído?

En aquel momento, Penny dio un empujón al hombre que estaba a su lado y echó a correr hacia la calle.

El chofer del camión alzó el arma e hizo fuego. Vieron cómo la muchacha se doblaba sobre sí misma, desplomándose.

Tobe ordenó:

—Deprisa, todos dentro.

Los guardaespaldas, a empujones, obligaron a los presos a subir al coche. En aquel momento, una voz gritó en el silencio de la noche:

—Alto, ¿qué ocurre ahí?

Dennis pudo ver a un policía de uniforme que se acercaba a toda prisa. Tobe masculló una maldición y dijo:

—Detenedlo.

Uno de los escoltas hizo fuego entonces, derribando al policía.

El coche partió raudo por las calles silenciosas. A las ventanas de las casas próximas se asomaban los vecinos, atraídos por los disparos.

En el interior del vehículo, Mimí y Dennis se sentaban uno junto al otro. Joe y el camarero se encontraban en frente. Este último seguía humedeciéndose los labios con la lengua.

Joe, en cambio, miraba con horror a los dos guardianes que les custodiaban. Tobe se sentaba en el extremo de la camioneta, contemplándoles con una sonrisa burlona y cruel.

—Bueno, pies planos —dijo, dirigiéndose a Dennis—. Ahora sabrás todo lo que te interesaba.

Otro de los guardaespaldas agregó:

—Pero no podrás soplárselo a tus amigos.

Dennis sonrió.

—Es igual. Otros vendrán a concluir lo que yo he comenzado.

Los dos guardaespaldas hicieron un movimiento para arrojarle sobre él, pero Tobe lo impidió.

—No perdáis la calma, chicos. Luego veremos si es capaz de mantener este mismo ánimo.

El coche siguió su camino, raudo, a través de las silenciosas

calles de la población. El Waterfront descansaba ya, esperando el nuevo día. Mimí volvió a estrechar la mano del joven.

Este la contempló con una sonrisa. Había muchas cosas que quería decirle, pero no podía hacerlo delante de aquella gente.

Ella aceptaba resignada su suerte.

Sentía que aquel hombre bueno y noble no se hubiera acercado a ella más que impulsado por su deber. Ya no pedía evitar amarlo.

El coche llegó hasta un edificio situado en las afueras y allí se detuvo. El pistolero que acompañaba al chofer saltó a tierra y abrió la puerta trasera de la camioneta. Uno de los que viajaban en el interior le imitó y encañonó a los presos.

—¡Vamos! ¡Uno por uno y sin gastar bromas!

Obedecieron todos y fueron conducidos hacia el edificio, en el que no brillaba una sola luz.

Tobe abrió una puerta y entraron todos en una amplia sala a oscuras. Mimí se pegó a Dennis, sintiendo miedo por primera vez.

Cuando se encendieron las luces, pudieron ver que se encontraban en una amplia sala de paredes desnudas.

Tobe sonrió.

—Pónganse cómodos, para pasar el poco tiempo que les queda.

Luego salió de la sala y se encaminó a una habitación contigua.

Mimí y Dennis se miraron un instante.

—Siento que esto concluya así —dijo el joven.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá sea mejor. He cometido errores. Fie en Joe y ha resultado un miserable. Me volvería a encontrar sola.

Él preguntó, sorprendido:

—¿Sola? ¿Por qué?

Ella sonrió tristemente.

—No tengo a nadie en el mundo.

—Me tienes a mí —dijo el agente.

Mimí abatió la vista.

—Tú viniste tan solo a causa de este servicio. Después, volverías a marcharte.

El joven le estrechó la mano con fuerza.

—No fue por eso solo, Mimí. Yo, si tú no lo deseas, no me separaré nunca de ti.

La muchacha le miró, al tiempo que sus labios temblaban.

—Entonces, ¿me quieres?

Iba el joven a responder, cuando uno de los pistoleros exclamó:

—¿Qué estáis cuchicheando allí?

Dennis se limitó a estrecharle la mano y a decir: —Sí.

En aquel momento, Tobe volvió a la sala,

—Poneos cómodos —repitió—. Hemos de esperar un poco.

Capítulo XIV

EN BUSCA DEL CULPABLE

PENNY vio cómo el coche se alejaba. Sentía que iba perdiendo las fuerzas. Tobe mataría a Mimí y a Donnacha, el único hombre que en los últimos años se portó bondadosamente con ella.

El vehículo se perdió en las sombras y de nuevo la calle quedó silenciosa momentáneamente.

Distinguió el cuerpo del guardia y luego los gritos de la gente que se avisaban de lo sucedido.

Vio cómo muchas personas salían de sus domicilios y corrían hacia ella. Intentó incorporarse y no le fue posible. Otro policía se acercó entonces, atraído por los estampidos de las armas.

Penny se preguntó cómo podría ayudar a Mimí y a Donnacha.

Debía existir algún modo de conseguirlo. Pero ¿cómo?

El policía daba órdenes y unos vecinos la levantaron del suelo, transportándola hasta el interior del restaurante. Una vez allí, la depositaron sobre una mesa.

El guardia se acercó.

—¿Puedes decirme lo qué ha sucedido?

Iba a hablar, cuando sintió un fuerte dolor en el cortado y se tendió de nuevo.

* * *

Tobe añadió, mientras ofrecía una botella de whisky a sus guardaespaldas.

—Soapy quiere venir en persona —sonrió, añadiendo—. Ya no importa que todos estos sepan su nombre. No podrán contarlos.

Dennis se volvió entonces hacia Mimí:

—Eres la única mujer que he querido. Te hubiera dado la paz y el hogar que necesitas.

Ella sonrió.

—Aunque no pueda realizarse, basta que me lo hayas dicho.

Un guardaespaldas exclamó:

—¡He dicho que menos secretos entre vosotros dos!

Tobe rompió a reír.

—Déjales que se arrullen. Para lo poco que les queda... —sonrió contemplando a Joe—. Y te lo dedicamos especialmente a ti, Galento. Mira cómo tu chica le hace el amor al otro.

* * *

Dekker iba en busca de McKenna. Había hablado con el agente enlace y debía decir el joven algo muy importante. De lo que decidieran entonces, dependería todo su éxito o su fracaso en la misión que se habían impuesto.

Creía saber dónde podría encontrarle, pero le urgía que todo se solucionara enseguida.

Sorprendido, se detuvo al ver tantas luces encendidas y tanta gente reunida en la calle. ¿Qué podía haber ocurrido? Apretó el paso acercándose hacia ellos. En aquel momento, se oyó la sirena de una ambulancia que se acercaba a toda velocidad, despertando a los vecinos.

Dekker tuvo un mal presentimiento. Se volvió a uno de los curiosos e indagó:

—¿Qué ha pasado?

—Hay heridos ahí dentro —respondió el otro.

Frank se estremeció.

—¿Se sabe quiénes son?

—Una camarera del restaurante —terció otro curioso.

Dekker no esperó más. Se abrió paso entre los curiosos, hasta llegar junto a la puerta. Allí se encontraban dos policías de uniforme.

—No se puede pasar —dijo uno de ellos—. Usted no tiene nada que hacer aquí.

Dekker mostró su credencial del F. B. I. El guardia saludó y se hizo a un lado.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —indagó.

—No lo sabemos —dijo el policía—. Hemos encontrado un guardia muerto y una mujer muy mal herida.

Dekker corrió hacia ella. Era Penny. Se hallaba tendida con los ojos entornados. Frank comprendió que algo le había ocurrido a su amigo. Se inclinó hacia ella y preguntó:

—¡Penny, Penny! ¿Qué ha sucedido?

La muchacha volvió hacia él la cabeza y le miró un instante. Sus pupilas se animaron enseguida.

—¡Dekker! Se los han llevado. Mimí y su amigo están presos.

Frank se inclinó aún más.

—¿Quién ha sido?

—Tobe, Tobe Kaminsky. Amigo de Mariner. Se los han llevado y les matarán.

Dekker masculó una interjección.

Se los habían llevado quién sabía a dónde. Penny, muy débil ya por la pérdida de sangre, le sujetó de la camisa, obligándole a inclinarse hacia ella.

* * *

Tobe alzó la cabeza, al tiempo que decía:

—Me parece que llegan.

Mimí estrechó con fuerza la mano del joven. Dennis sonrió. Ella estaba muy pálida, pero también consiguió devolverle la sonrisa.

Uno de los guardaespaldas salió de la sala y regresó poco después en compañía de un hombre delgado y bien vestido, al que acompañaban otros dos pistoleros.

Maquinalmente, Mimí se dijo que eran siete hombres a los que tendría que vencer Dennis. Era imposible. Más valía resignarse.

McKenna nada dijo. Había estado examinando la sala y había visto tres puertas. Una de ellas era por donde habían entrado. Otra debía conducir al teléfono y la tercera era de maderas muy gruesas y recias, y estaba entornada.

—Hola, Soapy —dijo Tobe—. Aquí les tenemos. Aquel es el policía.

Soapy contempló a su enemigo, sonriendo.

—Vaya, qué desgracia para el F. B. I. que uno de sus agentes haya caído en nuestras manos. No imaginaba este placer y tú tampoco.

McKenna negó con la cabeza.

—Tarde o temprano te verás ante el F. B. I. y entonces deberás

responder de muchas cosas.

Soapy sonrió.

—Eres un deslenguado, pero ya te bajaré los humos —luego contempló a Joe y al camarero—. ¿Quiénes son esos?

Tobe lo explicó. Las facciones de Mariner se contrajeron de furor.

—¿Ese es el estúpido que nos ha complicado la vida? Si hubieras matado a Gluck como te indicamos nada de esto hubiera ocurrido. Serás el primero.

Hizo una seña y uno de los guardaespaldas cogió del brazo a Joe, obligándole a salir. El rostro del bandido se contrajo de furor y comenzó a temblarle la barbilla. Lanzó un alarido de terror y quiso soltarse de su adversario, al tiempo que suplicaba:

—¡No, Mariner, no me mates! Yo haré lo que me pidas. Dame una oportunidad. Mataré a esos dos si lo deseas.

Cruelmente, Soapy indagó:

—¿Incluso a la chica, a la chica que quieres?

—Sí, a ella también —gritó el asesino.

Soapy rompió a reír.

—Y otro día para salvar la piel me matarías a mí. No, no. La única solución es acabar cuanto antes. No tolero los errores y por culpa tuya estamos así. Si no le hubieras golpeado con la pistola, en Washington no se hubieran preocupado de este asunto.

Dennis se estremeció. El hecho de que el cadáver presentara un golpe de pistola, había sido ocultado a los periódicos. ¿Cómo lo sabía Soapy?

El pistolero se llevó a Joe a empujones a la habitación contigua, donde debía encontrarse el teléfono. Sonó un disparo. Mimí se estremeció. Soapy se volvió hacia los dos jóvenes.

—Ahora tú, policía. Quiero saber cómo has llegado hasta aquí y cómo averiguaste todo lo que ha ocurrido.

Dennis respondió:

—Me parece mejor enterado que yo. ¿Qué necesidad tienes de que hable?

—Eso es cosa mía. Contesta a lo que te pregunto. ¿Por qué pedisteis a esta comisaría el expediente de O'Rourke y mi ficha?

Dennis no pudo contener un ligero parpadeo, pero enseguida se rehízo. Aquel hombre tenía un confidente en la comisaría.

—Nos gustan los acertijos. Ya sabes lo curiosos que somos y decidí que tú debías estar complicado en el asesinato del viejo O'Rourke. Quería saber si había alguna analogía con eso y la muerte de Gluck. Gluck sabía demasiado, ¿verdad? Era preferible eliminarle.

Para sorpresa suya, Soapy se limitó a responder:

—Quiero saber lo que dijo Gluck al F. B. I.

La pregunta era sincera. Soapy no sabía lo que el confidente quiso vender a Washington. Pero Dennis tampoco se decidió a revelárselo. No tenía esperanzas. Nadie sabía dónde se encontraban, pero debía retrasar su muerte y la de Mimí todo lo que le fuera posible, ya que mientras consiguiera estar vivo, algo podría ocurrir.

—Piensa en las cosas que hiciste y verás si alguna de ellas puede haberlas descubierto Gluck.

Soapy torció el gesto.

—Te crees muy duro, ¿verdad? Pues te advierte que yo soy mucho peor que tú. Sabemos emplear métodos que refrescan la memoria a los olvidadizos —rio alegremente, señalando a los dos jóvenes—. Con las manitas unidas. ¡Qué emocionante! ¿Te gustaría ver a tu chica destrozada a golpes? Pues esto ocurrirá si no hablas.

Mimí se estremeció. Aquellos canallas eran capaces de hacer lo que amenazaban. Dennis apretó las mandíbulas. No podía revelarles nada. Si seguían ignorándolo todo, podían dar un paso en falso y sucumbir. De pronto, Mariner exclamó:

—Y el otro agente, ¿dónde está?

Tobe dijo:

—No lo hemos visto, pero procuraré que uno de los muchachos le espere donde duerme.

—Ya es tarde. Hay que arrancarle la verdad a este y después marcharnos de aquí. Tendremos al F. B. I. enseguida husmeando por estos barrios y acabarían por prendernos.

Un pistolero dio un paso al frente, contemplando a Dennis.

—¿Hablarás?

El joven sonrió y soltó la mano a la muchacha. De súbito, antes de que nadie pudiera impedirlo, su brazo izquierdo pasó en torno al cuello de Soapy y le atrajo hacia sí, colocándolo como escudo. Luego le quitó la pistola que llevaba en la sobaquera.

—¡Quietos todos! —ordenó—. Y si os movéis, Soapy se irá

primero.

Mariner pugnó por soltarse, pero notó el cañón de la pistola pegado a la espalda.

—¡Quietos! —repitió.

Los pistoleros quedaron un instante inmóviles. Mimí se había colocado junto al joven, igual que el camarero.

El agente se fue replegando hacia la puerta entreabierta a su espalda. De momento, no podía hacer otra cosa sin descubrirse.

Una vez allí, le ordenó a la muchacha:

—¡Ciérrala!

El camarero se pasó la mano por la frente.

—Creí que de esta no salía.

La puerta, por fortuna, era de las que se abrían hacia adentro y resultaría fácil atrancarla. Había unas grandes cajas en la habitación. El camarero, a una señal del joven, se apresuró a empujar hacia allí una de ellas. Luego quiso repetir su acción, mientras decía:

—¡Cómo pesan!

Una de las cajas cayó al suelo y saltó la tapa. En el interior se veían varias metralletas con sus correspondientes peines de municiones.

Dennis se acercó, cogió una de ellas y colocó un cargador. Luego, preguntó al camarero:

—¿Sabrás manejarlas?

—Fui soldado.

Entonces, Dennis se acercó a Soapy.

—Esto es lo que veníamos buscando. Desde hace años, existe una sociedad que se dedica a enviar armas al Oriente Medio. Pueden provocar allí un conflicto y este, al propagarse por otros países, encendería la mecha. No podemos tolerar que comience otra guerra. Por esta razón seremos implacables.

Soapy se pasó la lengua por los labios y dijo:

—No saldréis de aquí. Mis hombres estarán dispuestos a impedirlo. Ellos tampoco desean que les envíen a Sing Sing.

—Mientras yo esté vivo y tú sigas aquí, no podrán salvarse. Les perseguiremos por todo el mundo.

Afuera, Tobe decía a sus hombres:

—Si escapamos ahora, ese tipo lanzará sobre nosotros a los

sabuesos del F. B. I. Es preciso que acabemos con él.

Uno de los pistoleros asintió.

—Sí, pero no veo qué podemos hacer. Él está ahí, con Soapy. No se rendirá.

Tobe dudó un instante.

—Quizá la única solución sea prometerle que perdonaremos a la chica. De otro modo, morirían los dos.

—¿Y si le prometiéramos que le dejaríamos escapar? Luego, se le mata y...

Tobe asintió.

—¡Eh, McKenna, oye!

—¿Qué ocurre? —respondieron desde el otro lado de la puerta.

—Hagamos un pacto. Nosotros te dejaremos escapar y tú nos das veinticuatro horas de ventaja.

Dennis negó.

—Vuestra única solución es entregar las armas y rendiros. Esto siempre será un atenuante.

Furioso, uno de los pistoleros disparó sobre la puerta. Dennis alzó el arma y lanzó una ráfaga de metralleta. Se oyó cómo al otro lado cuchicheaban.

Dennis se volvió hacia Soapy.

—Aquí esperaremos todos la ocasión de salir, pero les entregaré a mis jefes.

Mariner estaba sentado sobre una caja. Parecía tranquilo.

El camarero sonrió.

—Esto se parece un poco a la guerra. Yo creí que ya me habría olvidado de todo.

Tobe masculló en voz baja:

—Ha encontrado las armas. Hemos de conseguir sacarle de ahí.

Un pistolero propuso:

—Si incendiáramos eso, quedarían bloqueados. Nosotros podríamos escapar y nadie sabría dónde estamos. El fuego, cuando alcanzara las municiones, haría volar la casa.

Tobe le miró.

—¿Sabes que a veces eres capaz de pensar?

El otro sonrió.

—Y no creo necesario avisarles. Cuando se den cuenta, habrán volado.

Capítulo XV

EN EL ÚLTIMO INSTANTE

EMPUJARON los muebles ante la puerta y volcaron sobre ellos una lata de gasolina.

Tobe sonrió, al tiempo que decía:

—Solo falta ahora el último detalle.

En aquel momento, se oyeron los frenazos de unos coches que se detenían ante la casa. Los pistoleros, se miraron.

—¿Qué puede ser esto?

Todos se encogieron de hombros, pero requirieron las armas. Se oyeron pasos en las habitaciones superiores y de improviso se vio avanzar hacia ellos a una figura que vestía como los estibadores. Enarbolaba una pistola y tras él avanzaban dos hombres armados de metralletas.

—¡Quietos todos! —ordenó Dekker, pues él era—. ¡Alzad las manos!

Tobe accionó el gatillo, pero los dos acompañantes de Frank lanzaron una ráfaga sobre los maleantes. Dos de estos se vinieron abajo, arrastrados por el plomo. Tobe comenzó a gemir, llevándose la mano al hombro. Los otros obedecieron y alzaron los brazos.

Otras figuras, algunas de ellas uniformadas, avanzaban esgrimiendo sus armas.

—¿Dónde está McKenna? —preguntó Dekker.

Tobe señaló la puerta.

—Ahí dentro.

Frank se acercó para apartar los muebles, mientras los demás policías encañonaban a los presos a los que iban despojando de sus armas.

—¡Dennis! —llamó—. ¡Soy Frank, Frank Dekker? Estamos aquí. Podéis salir.

Hendrix, que se había acercado en aquel instante, añadió:

—Sal, muchacho.

Se oyó un ruido de muebles o de cajas que arrastraban por el suelo y se abrió la puerta. Primero apareció Soapy Mariner, con las manos en alto. Luego venían el camarero, Mimí y Dennis.

—Está todo aclarado, jefe, pero faltan algunos puntos —dijo—. Será sencillo —miró a Dekker y dijo—: ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

Frank explicó:

—Encontré a Penny agonizando. Me dijo lo que os había ocurrido y añadió que suponía que estabais aquí. Esto había sido almacén de licores en la época de la prohibición. Todos suponían que se guardaba contrabando ahora. Incluso algunos habían visto cosas sospechosas, pero no se atrevían a ir a la policía —hizo una pausa y añadió—: Entonces llamé al F. B. I. y a Míster Hendrix a su casa. Reunimos algunos agentes y varios miembros de la policía metropolitana. Y aquí estamos.

Dennis sonrió.

—Sabía que no ibas a fallarnos. ¿Cómo está Penny?

Frank cambió súbitamente de expresión.

—Ha muerto.

Hendrix se volvió hacia Soapy.

—Iremos a comisaría para hablar un poco.

El otro le miró, al tiempo que se llevaba la mano al bolsillo.

—Si no me dejáis escapar, volaremos todos.

Con la mano derecha tremoló una bomba de mano, de la que arrancó la anilla.

—Quiero mi libertad y la conseguiré o moriremos todos.

Los policías se apartaron, temerosos. El bandido echó andar hacia la puerta, sonriendo triunfalmente. Iba a escapar de las garras de sus enemigos.



Iba a escapar de las garras de sus enemigos.

Dennis le miraba furioso. Si disparaban contra él, arrojaría sobre ellos la granada de mano y morirían. Pero no podía dejarle escapar.

De un brinco, se arrojó sobre él, derribándole. Casi al mismo tiempo le sujetó la mano para arrebatárle la granada. Soapy intentó aferrarse a él, pero Dennis le descargó un golpe en la cara con el canto de la mano.

Soapy cayó hacia atrás, con un gemido.

Cada segundo que pasaba era un peligro para todos, puesto que

al soltar la bomba se había abierto la palanca que ponía en juego el mecanismo.

Mimí, horrorizada, vio cómo Dennis lanzaba la bomba hacia la puerta en la que habían matado a Joe. La granada cayó al otro lado y Dennis ordenó:

—¡Al suelo todos!

Hubo un estallido fortísimo y pasados unos instantes, el joven se puso en pie.

—Vamos, Soapy —le dijo a este—. Ven, que quiero hablar contigo.

Mariner obedeció, vencida toda su resistencia.

—Este fue quien dio la orden de matar a Gluck. Ahí dentro están las armas que iban a enviar, en un nuevo cargamento. De una de esas cajas sacó la granada de mano.

Hendrix dijo:

—¿Eres tú el que organizas este contrabando?

Soapy negó con la cabeza.

—Yo no hice más que embarcarlo. Fue otra persona quien me propuso el negocio. A mí solo me pagaba por sacarlo de la ciudad.

—¿Quién es esa otra persona?

—Se llama Bernard Lamson.

Hendrix parpadeó.

—¿Bernard Lamson? ¿El financiero?

—Sí, ese es.

Dennis, que nada sabía de la amistad que unía al culpable con su jefe, agregó:

—Quiero saber cómo os enterasteis de que nosotros estábamos aquí y de que habíamos pedido tu ficha, la de Gluck y el expediente de Mariner.

Hendrix se repuso de su sorpresa. Todas esas cosas eran parte de su profesión.

—Estabas muy enterado. ¿Cómo lo conseguiste?

Mariner, que había perdido las fuerzas, explicó:

—El sargento Andrew Lane estaba a sueldo mío. Me avisaba de todo. Gluck denunciaba a la gente que me molestaba mucho y procuraba siempre no atacarme a mí. Cuando se ofreció a ustedes, cometieron el error de pedir su ficha. Lane me lo dijo y decidimos eliminarle.

Hendrix asintió. Luego llamó a tres agentes.

—Id a esta dirección y detengan a Bernard Lamson. Yo mismo me encargaré del sargento Andrew —hizo una pausa y rectificó—: No, es preferible que vayan ustedes a buscar al sargento. Yo iré a ver a Lamson.

Salieron todos encaminándose a los coches que debían trasladarles a la jefatura del F. B. I. Hendrix continuó solo su camino. Estaba en un momento grave de su carrera. No temía las consecuencias que pudiera tener aquel asunto, ya que las pruebas eran bien claras. Pero le había unido una gran amistad con Lamson y era doloroso tener que detenerle. Pero prefería hacerlo en persona.

El coche se detuvo ante la señorial mansión del financiero. Hendrix descendió, dirigióse a la puerta, pulsó el timbre y salió un mayordomo. Le sorprendió que no se hubiera acostado aún, por lo que supuso que su amigo todavía seguía en pie o estaba fuera de casa.

—Deseo ver a Mr. Lamson.

—No sé si podrá recibirle.

—Dígale que se trata de Hendrix.

El mayordomo se hizo a un lado y el policía esperó en el vestíbulo. Poco después, el propio Lamson salió a su encuentro.

—¿Ocurre algo?

Hendrix le contempló con fijeza.

—Tendrás que acompañarme... Soapy Mariner está preso. He creído mejor venir yo mismo a detenerte.

Lamson parpadeó un instante y luego abatió la cabeza.

—Comprendo. Te agradezco esa atención —cogió su abrigo y exclamó—: Podemos ir cuando quieras.

Hendrix le dejó pasar, acompañándole hasta el coche que les esperaba a la puerta. Lamson sonrió.

—Cada vez que enviaba una expedición me decía que iba a ser la última. Ahora, por el contrario, me proponía hacer buenos negocios. Y ha sido la última.

—Hacía mucho tiempo que os buscábamos —dijo Hendrix, de mal talante.

Lamson se echó a reír.

—No pongas esa cara, hombre. Cuando se juega, hay que

exponerse a perder. Y yo he perdido.

Cuando llegaron a la jefatura del F. B. I., les esperaba también el sargento Andrew Lane. Era este un veterano policía, vestido con lujo extravagante. Hendrix le contempló un instante.

—Usted no cobraba del Estado para proteger a los criminales, sino para perseguirlos.

Lane murmuró:

—No me bastaba el sueldo y...

—Cuando se buscan bienes materiales no se ingresa en esta profesión. Aquí, como en los frentes de batalla, tan solo importa el cumplimiento del deber. Si no concedemos excusa a los criminales, menos la puede tener usted, que fue encargado de perseguirlos. Hombres como usted dan armas a nuestros enemigos.

Dennis, Frank y Mimí se encontraban allí también. Sonrió el jefe, al tiempo que preguntaba:

—¿Han declarado ya?

—Sí, jefe. Los tres lo hemos hecho.

—Entonces, id a descansar. Mañana continuaremos.

Los tres se marcharon de allí. Una vez en la calle, Dennis exclamó, cogiendo a la muchacha del brazo:

—No volverás al Waterfront más que para visitar la tumba de tu padre. Creo que pronto podremos casarnos. Ese desgraciado soltero que nos acompaña será mi testigo de boda.

Frank rio.

—Ese irlandés necesitaba alguien que le vigilara.

—Te buscaré un hotel para que descanses hasta que todo esté dispuesto para la boda.

Mimí se recostó en su hombro.

—Sí, cariño.

McKenna la cogió por la cintura y besóla en los labios. Frank carraspeó.

—Cuidado, que viene un guardia.

En efecto, un policía se acercó, advirtiéndolo:

—¿Se han creído que esto es Hollywood? Vamos, más seriedad.

Dennis sonrió.

—Sí, guardia, perdónenos.

Mientras, en la oficina de Hendrix, desde la que se veía el horizonte en el que comenzaban a encenderse las primeras luces del

amanecer, el jefe del F. B. I. se sentó a su mesa y ordenó al secretario:

—Tráigame el expediente B-25. Ya tenemos todas las declaraciones y lo podremos pasar al juez. Este caso está solucionado.

FIN

Con sumo cuidado para evitar el borrar huellas, Casey se apoderó de la pistola que descubrió en el cajón...

Este es uno de los apasionantes pasajes de

GESTA DE AUDACES



El más formidable argumento desarrollado por el famoso

Alf Regaldie

¡De entre las redes de intriga que componían el espionaje y el contraespionaje, debía surgir el dato preciso que permitiera el triunfo!

Gesta de audaces

Un emocionante relato que

COLECCION SERVICIO SECRETO

le ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"
460. — Silver Kane
EL PISTOLERO Y LA DAMA

COL. "SERVICIO SECRETO"
324. — J. Dixon
EL EXPEDIENTE B-25

COLECCION "BUFALO"
157. — Keith Luger
LA CABEZA DE MURRIETA

COLEC. "Salvaje TEXAS"
25. — M. L. Estefanía
TRES PISTOLEROS

COLECCION "CALIFORNIA"
4. — Peter Debry
**EL REGRESO DEL
COBARDE**

COLECCION "POPULAR"
**LOS MEJORES RITMOS
CUBANOS**

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"
519. — Corín Tellado
ELLA ERA ASI

COLEC. "MADREPERLA"
415. — María del Pilar Carré
LA HUERFANA

COLECCION "ROSAURA"
359 — Miguel Romano
ESPOSA A PLAZOS

COLECCION "AMAPOLA"
246. — Armando Sandoval
DESDE ENTONCES

COLECCION "ALONDRA"
193 — G. Colomer
DULCE REFUGIO

COLECCION "CAMELIA"
140. — G. Colomer
SED DE AVENTURAS

COLECCION "ORQUIDEA"
109. — Trini de Figueroa
**NADIE TOQUE A ESTA
MUJER**

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona u Hipólito Irigoyen, 445 - Buenos Aires

Toda la emoción y el dinamismo que encierran los
magníficos cuadernos ilustrados de la famosa

COLECCION DAN

han sido recogidos y ampliados en el sensacional

ALMANAQUE DE "EL CACHORRO" PARA 1957

¡Deleitará a los mayores y apasionará a los pe-
queños!

Encargue con tiempo su ejemplar!

Precio de venta: 3 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2.

BARCELONA



*¡Ya llegó el título que
usted esperaba!*

COLECCION POPULAR

se honra ofreciéndole
esta misma semana, un

RITMOS CUBANOS

La más cuidada selección de habaneras, rumbas,
mambos, danzones, cha-cha-chas, etc.

¡Olvide sus preocupaciones y cante con alegría las
melodías más en boga!

RITMOS CUBANOS

¡Un libro que usted debe adquirir!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Los pequeños saben que la próxima semana aparecerá el divertidísimo

ALMANAQUE DE "PULGARCITO" PARA 1957

¡Adelántese usted a sus descos!

Encargue ahora mismo a su proveedor habitual un ejemplar del

Almanaque de "Pulgarcito" para 1957

y delea con ello una agradable sorpresa

Sólo costará 3 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¿Ha leído ya el formidable y magistral

**ALMANAQUE DE
"EL D.D.T." PARA 1957**

¡No aguarde un segundo más!

Pida en el quiosco más cercano un ejemplar y pre-
párese a pasar un rato agradabilísimo

Almanaque de "EL D.D.T." para 1957

Sólo cuesta 3 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

NOTAS

[1] Nombre que se da al barrio portuario de Nueva York.

[2] Dennis, en gaélico, idioma oficial de la República irlandesa.

[3] La Lotería, en los Estados Unidos, es un juego clandestino que controlan y dirigen maleantes. Con frecuencia, bandas contrarias han ensangrentado las calles para dominar todo un barrio o una cadena de centros de lotería. Generalmente, es una especie de apuestas sobre las carreras de caballos, pero en otras ocasiones simplemente un negocio sucio, en el que nadie puede saber si le toca o si le engañan.